

BOLSALIBROS BRUGUERA

PUNTO
ROJO

el maletín

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

EL MALETIN

Colección PUNTO ROJO n.º 511

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 47.313 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1972

© VIC LOGAN - 1972
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.106.— El cuadro.

En Colección PUNTO ROJO:

482.— Pena de muerte.

En Colección ASES DEL OESTE:

652.— El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

787.— Superstición City.

En Colección KANSAS:

672.— Madera podrida.

En Colección BRAVO OESTE:

571.— La larga noche del pistolero.

En Colección CALIFORNIA:

798.— En legítima defensa.

En Colección COLORADO:

720.— De distinta raza.

CAPÍTULO PRIMERO

Niza. Junio. 10 de la noche.

El bar era pequeño, íntimo y escasamente iluminado. Algunas parejas hacían caso omiso de la monumental escandinava que realizaba su número de streap-tease. Eso quedaba para los hombres solos, pescadores y transportistas que, por veinte francos, tenían derecho a consumición y a presenciar en todo su esplendor la generosa anatomía de *Madame* Tuula.

La luz rojiza ocultaba los rostros, y solo, el potente foco iluminaba la reducida pista, donde la artista se desnudaba.

En la pequeña barra, donde se preparaban los combinados, alguien, oculto en la penumbra, hacía uso del teléfono:

—Dentro de media hora, sí —decía con voz queda, ahogada por la estridente música en conserva que servía para que la escandinava de la pista realizara su número.

—Si no ha llegado todavía, espérate —insistía la persona que hablaba por teléfono, ajena también al espectáculo.

La música subía de tono porque *Madame* Tuula estaba llegando al momento cumbre de su número.

El del teléfono continuaba:

—Quiero un trabajo perfecto, sin pistas.

La voz al otro lado del hilo telefónico repuso:

—No tendrás queja de mí. Como siempre. Ya conoces mi modo de trabajar. Esa persona que tú dices, mañana aparecerá en los periódicos. Su nombre, claro, porque habrá muerto, como los otros.

—Eso espero.

En la salita del pequeño bar, algunos aplaudían, entusiasmados, la última fase del streap-tease de Tuula.

Quién acababa de telefonar, dejó unos francos sobre la mesa y

se alejó hacia el vestíbulo. No le interesaba el número. Lo único importante para él era deshacerse de «alguien».

El hombre de la cabeza rapada atravesó la vieja ciudad, al volante de su coche. Más allá se alzaban los edificios de apartamentos de la zona residencial, más alejados del mar.

El paseo de los Ingleses, donde reinaba la animación de los primeros turistas de la todavía no comenzada temporada, quedaba algo lejos. En la nueva urbanización todo era silencio, paz, calma.

El hombre de la cabeza rapada detuvo el coche en una esquina. Se construían nuevos edificios cerca del lugar, junto a la avenida que arrancaba justo donde él había dejado el auto.

Bajó y se perdió entre las sombras de la nueva zona en construcción.

Llevaba una maletita en la mano. Lo mismo podía contener documentos que cualquier otro objeto de aspecto poco abultado.

El hombre caminó deprisa y muy seguro de sí mismo.

Miró alrededor para asegurarse de que no había nadie en los contornos.

A lo lejos, un vigilante de las obras leía un periódico, a la luz de un pequeño farol provisional.

Seguro de no ser visto, el de la cabeza rapada se metió en uno de los edificios de hormigón desnudo.

No había escalera para subir las siete plantas hasta el momento construidas. Una rampa, sin embargo, permitía el ascenso.

Corrió por la mencionada rampa, y tardó cuatro minutos para llegar al último piso construido.

Se aproximó a lo que, con el tiempo, sería una de las terrazas con vista espléndida sobre la ciudad, y el mar como telón de fondo.

Desde allí era posible ver la iluminada bahía y las luces cabrilleando sobre las tranquilas aguas del Mediterráneo.

El hombre, sin embargo, no estaba allí para admirar el bello panorama.

Trabajó deprisa.

Abrió el maletín, y apareció ante sus ojos un fusil desmontable. Cogió los trozos y los unió rápidamente.

En breves momentos, el fusil quedó montado.

Lo cargó.

Dos balas.

Miró a través del visor.

El teleobjetivo de diez aumentos puso ante sus ojos uno de los apartamentos situados oblicuamente a su posición, a unos cincuenta metros aproximadamente.

Aquella distancia era exigua para un arma de largo alcance.

Apuntó a través del visor hasta que la cruz quedó en el centro de los cristales de la terraza que ahora permanecía a oscuras.

El hombre de la cabeza rapada sonrió. El blanco era infalible.

Consultó el reloj.

Eran las diez y diecisiete minutos. Tendría que esperar un poco.

Las 10,35.

Lutt Martin, de nacionalidad norteamericana, detuvo su formidable coche delante de la casa número 33 de la Nouvelle Avenue.

Bajó del coche y se metió en el portal del edificio, cuya puerta abrió con la llave que sacó de su bolsillo.

Antes de entrar, se volvió como si quisiera cerciorarse de que no había nadie por los alrededores.

Entró al fin, y la puerta volvió a cerrarse automáticamente.

Se dirigió al ascensor. Era de los de puertas automáticas, por lo que sólo tuvo que pulsar el botón para que las mamparas metálicas se corrieran y el elevador ascendiera para detenerse en la tercera planta.

Salió a un corredor iluminado de forma indirecta.

Lutt Martin parecía ser el único inquilino del edificio, a juzgar por el silencio reinante.

En el corredor había cuatro puertas. Dos correspondían a cada lateral, con vistas igualmente a la ciudad y al mar, y las otras dos a la parte exclusivamente frontal.

Caminó hacia la puerta C. Una de las que tenían la vista de frente.

Abrió con la llave, y dio el conmutador de la luz, que dejó iluminado el amplio *hall*.

Desde allí podía verse el gran salón dúplex, y la puerta de cristales de la terraza.

A un lado estaba la habitación, el rincón de la cocina y el cuarto trastero.

Avanzó hacia la sala principal, que igualmente iluminó, mirando

en torno suyo.

La habitación estaba en perfecto orden.

Dudó un segundo, como si rumiara algo, y decidió entrar en el dormitorio.

La luz bañó la habitación, dejando ver la gran cama, el armario empotrado disimulado con un gran espejo, el *chifonnier*, una mesa tocador, dos butacas y otra mesa de centro.

Se aproximó a la terraza, a la que se podía salir indistintamente, tanto por el salón como por el dormitorio. Apartó la cortina, y miró un momento hacia fuera.

A un lado quedaban las siluetas de los edificios en construcción, colocados oblicuamente.

Desde allí, Lutt Martin no podía ver, claro está, a la sombra que, desde el último piso de uno de aquellos edificios de hormigón desnudo, estaba encañonándole con el fusil.

Lutt permaneció algunos segundos junto a los cristales, y al fin optó por retirarse.

El que estaba encañonándole iba a apretar el gatillo, pero rectificó, al ver desaparecer a su presa.

Lutt Martin pasó de nuevo al salón, y se sentó en una butaca, junto al teléfono. Marcó un número y aguardó.

El zumbido del timbre repiqueteó varias veces al otro lado del hilo, pero no obtuvo respuesta.

Colgó y volvió a intentarlo.

Desde la casa en construcción, el hombre del fusil con visor volvió a apuntar.

En su posición, y gracias a los aumentos del teleobjetivo, podía ver a su víctima de espalda, con el teléfono en la mano. El blanco era suficientemente claro para probar suerte con muchas garantías.

Lutt Martin colgó el teléfono, al comprobar que su llamada seguía sin ser atendida.

Lanzó un suspiro y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo. Se metió uno en la boca y le prendió fuego en la punta.

Desde la casa en construcción, el hombre de la cabeza rapada apretó el dedo índice de la mano derecha en el gatillo del moderno fusil.

En aquel instante alguien llamó al timbre del apartamento C, de la tercera planta.

Lutt frunció el entrecejo. Puede que no esperara a nadie. Tardó un segundo en decidirse a dejar la butaca.

Un segundo fatal.

El de la casa en construcción apretó el gatillo.

No sonó ni un solo estampido. El silenciador amortiguó totalmente el disparo.

Sólo el sonido de cristales rotos.

En la luna inastillable de la terraza apareció un agujero redondo, pequeño, y el vidrio quedó como «nevado».

Lutt, a medio levantarse, sintió el fuego del plomo en su interior.

Lanzó una muda exclamación, quiso revolverse. Sus ojos se agrandaron, sorprendidos, asustados por las consecuencias.

Consiguió dar la vuelta entera y hasta logró ver el agujero producido por la bala que acababa de alojarse en su cuerpo.

—¡No! —exclamó con un esfuerzo, y repitió dos o tres veces—. ¡No, no!

Y el timbre insistía llamando, llamando.

Lutt no pudo mantenerse en pie por más tiempo.

Intentó sujetarse en uno de los brazos del butacón, pero sus manos, sin fuerza, resbalaron.

Lutt cayó, derribando, la mesita del teléfono.

El timbre de la puerta continuaba sonando.

El detective Valjean intentó forzar la puerta. Le parecía haber oído el sonido en el cristal, luego la caída.

La edificación pasaba por ser «totalmente insonorizada», pero en tal afirmación habían un mucho de propaganda y muy poca realidad, porque los sonidos, sobre todo si uno estaba alerta, se oían.

La cerradura se resistió a los impulsos del detective, que optó por utilizar un gancho especial que llevaba en el bolsillo.

Introdujo la especie de ganzúa en la cerradura, forzó unos instantes con paciencia digna de su profesión, y al fin escuchó el chasquido anunciador de que el muelle del cerrojo había cedido.

La puerta cedió.

Valjean, apenas entró en el *hall*, se hizo cargo de la situación.

Al fondo, en el gran salón, junto a la mesa derribada, se hallaba el cuerpo tendido de un hombre.

En el mismo instante, el tipo de la cabeza rapada, de nuevo con el maletín en la mano, salía por una de las aberturas de la planta baja del edificio en construcción.

Nadie le había visto entrar ni salir.

Corrió hacia el coche, confundiendo entre las sombras de aquella zona nulumamente iluminada.

Pero en el apartamento, Valjean estaba inclinado sobre la víctima que yacía de bruces.

Le dio la vuelta con cuidado.

Lutt vivía todavía, pero respiraba con alguna dificultad.

—¿Es... usted? —Logró musitar, y luego añadió—: Tengo... muy... poco... tiempo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Valjean.

Si Lutt era joven, deportivo con aspecto astuto y decidido, Valjean, aunque con bastantes más años y mostrando una gran veteranía, tenía, en cambio, ademanes reposados, rostro tranquilo, escéptico casi.

—Se pondrá bien —murmuró—. Llamaré a una ambulancia, pero, si puede, dígame...

El herido le atajó:

—Val... *jean*... Oiga... Esto..., esto ha sido un asesinato.

El detective levantó los ojos hacia el cristal. La cortina estaba corrida, y por ello podía verse el agujero de la bala y el blanco del vidrio que permanecía sin astillarse, pero pulverizado por dentro.

Valjean se levantó y se encaminó hacia el punto por donde había penetrado la bala, tomando la precaución de desenfundar su revólver.

Miró un momento, antes de abrir la puerta, utilizando un pañuelo para no dejar huellas.

Salió a la terraza y buscó con la mirada.

En seguida dio con el edificio que parecía mis idóneo para atacar desde él.

Volvió con el herido.

—Ha sido desde fuera —murmuró.

Y entonces el herido musitó:

—Yo conozco... a la persona que ha disparado contra mí, Valjean... La conozco. Sé quién es el criminal... Sé quién es el criminal.

CAPÍTULO II

Esta historia, posiblemente, jamás pasará a los anales de la investigación francesa, ni norteamericana, ni de ninguna otra nación que tuvo que ver en ella.

Razones poderosas existen para que la cosa quede como uno de esos crímenes aparentemente desentrañables, pero unas cuantas personas están en posesión de la verdad. Entre ellas, el asesino.

Todo empezó veinticuatro horas antes.

En Niza, en el mismo mes de junio. Un mes caluroso, donde la Costa Azul francesa vio llegar a los primeros turistas alemanes e ingleses y también algunos nórdicos, a pesar de no haber comenzado la *saïsson*.

El aeropuerto empezaba, también, a verse concurrido.

Aquella tarde, Roger Niveau, hombre polifacético en la televisión francesa, que lo mismo escribía guiones e interpretaba papeles que hacía comentarios sobre la actualidad artística internacional, estaba siendo entrevistado por un presentador habitual.

Para Roger Niveau, el papel de entrevistado era nuevo, ya que generalmente era él quien llevaba hasta las cámaras de la pequeña pantalla a la gente importante en el mundo del arte, en cualquiera de sus manifestaciones.

El reportaje que se efectuaba, sin embargo, no estaba dedicado a su persona ni a sus méritos, sino a alguien muy allegado a él. A su tío, el profesor Jean Niveau.

—¿Qué puede decirnos del secreto viaje a la Unión Soviética de su tío, el profesor Niveau? —Fue la primera pregunta que le lanzó su interlocutor.

—Puedo decirle que toda vez que se sabe lo de su estancia en Rusia, ya no existe tal secreto —replicó Roger con su proverbial sentido agudo, crítico, a menudo irónico y hasta sarcástico.

—Sin embargo, convendrá en que todo se llevó con el máximo sigilo.

—No debió ser tan «máximo» cuando más de medio mundo lo sabe.

—Bueno..., en los tiempos actuales es bastante difícil mantener un secreto. De ello, del viaje en cuestión del profesor Niveau, nos hemos enterado precisamente ahora que llega, y, si nuestros informes no son inexactos, su avión tomará tierra en Niza dentro de... unas dos horas.

—Por lo que ruego que sea breve, puesto que pienso ir a esperarle —sonrió Roger.

Roger, además de incisivo, era uno de esos hombres que las mujeres catalogan de guapos, interesantes, varoniles...

Estaba sonriendo con esa mezcla de sarcasmo y dureza. Su sempiterno mechón rebelde caía ligeramente sobre su frente, dándole ese aspecto de ligero descuido, que en él resultaba un factor más en su porte varonil.

—Hablemos de ese viaje, Roger. No se haga de rogar. Millones de espectadores están pendientes de sus palabras, por lo que puedan tener de trascendentales para todo el mundo y también porque es usted quien las dice, lo cual, una vez más, significa que usted, Roger Niveau, siempre tiene cosas interesantes para los telespectadores.

—Sin cobarde, amigo mío. Procuraré satisfacer la curiosidad que haya podido despertar el viaje de mi tío, el profesor, a Moscú.

—Bien. Por si alguien todavía no lo sabía, mi tío Jean fue invitado a colaborar con la NASA y, desde entonces, de ello hace ya bastantes años, reside en los Estados Unidos. Últimamente, y dando principio a la pretendida colaboración Este-Oeste, los Estados Unidos y la Unión Soviética han efectuado el primer intercambio de hombres de ciencia.

—Pero su tío, Roger, sigue siendo francés. ¿No es así?

—Si lo que pretende decir es que los Estados Unidos no han enviado a un científico oriundo de Norteamérica, podría darle varias respuestas, pero posiblemente no satisfarían a los habitantes de la nación del tío Sam —sonrió y añadió—: En realidad, mi tío no es sólo francés. Se ha considerado ciudadano del mundo, dispuesto siempre a trabajar para el bien de la humanidad, sea cual sea el color de su piel, el de sus ideas políticas o sus creencias religiosas.

Mi tío, y me enorgullezco de decirlo, siempre ha pregonado que quiere estar al servicio de la humanidad. Sé que pidió ir a Rusia, y se iría a cualquier parte, si supiera que ello iba a contribuir a un acercamiento de los pueblos.

—Sí, verdaderamente eso honra mucho a un científico —repuso el entrevistador—. Pero va quedando poca gente así. El mundo se ha vuelto egoísta.

—Usted lo ha dicho, pero eso no reza para mi tío. El no conoce el egoísmo. Siempre está dispuesto a colaborar.

—¿Qué opina, pues, de ese intercambio, puesto que es familiar de una de las partes?

—No suelo hablar de política, pero, puesto que me lo pregunta, le diré que como programa es excelente, pero particularmente pienso que todo viene a ser como una de esas películas en que todo el dinero se ha gastado en publicidad y su contenido queda nulo.

—Hay películas que, a pesar de la propaganda, no decepcionan.

—Luego las corta la censura.

—Roger Niveau, será siempre el mismo. Quiere usted decir que...

—Simplemente lo que he dicho. Creo que el mundo está cansado de palabras huecas. Sólo los hechos pueden borrar el escepticismo.

—¿No cree posible que su tío haya podido revelar a los rusos secretos importantes?

—¿Secretos importantes? Esto no es una película del 007, amigo mío. Todo lo que ha descubierto mi tío está suficientemente revelado. Su viaje ha sido simplemente «una invitación» de la Unión Soviética, y, a cambio, los rusos han aceptado la invitación de los americanos para mandar a uno de sus sabios. Todo puramente protocolario. A uno y a otro les habrán mostrado sólo aquello que les convenga, pero no creo que nadie se haya atrevido a hacer preguntas «directas» a sus respectivos invitados. Pero, en fin..., por algo se empieza. Y ahora, si me lo permite, tengo que rogarle que me deje. Quiero ir a esperar a mi tío, y aún tengo algunas cosas que hacer.

—Pues no voy a entretenerle, Roger. Estaremos en el aeropuerto para hacer un reportaje de tan importante llegada. Díganos solamente... ¿Por qué ha elegido su tío Niza como escala de su viaje?

—Muy sencillo. Quiere descansar unos días, y le he ofrecido mi apartamento.

—¡Señoras y señores, acaban de oír unas palabras de Roger Niveau! Desde Niza les saludamos devolviendo la conexión con París, hasta dentro de dos horas aproximadamente, que les ofreceremos un reportaje en directo de la llegada de Jean Niveau, nuestro ilustre científico, largos años ausente de la patria, y que hoy vuelve para descansar, después de su estancia como invitado en la Unión Soviética.

Así se despidió el presentador, mientras Roger, con su automóvil, se dirigía al apartamento que poseía en el número 33 de la Nouvelle Avenue, más allá de la ciudad vieja.

Pasó delante de la casa en construcción, y aflojó la marcha para salvar el bache del pavimento, debido a las obras.

El guarda le saludó con la mano, y Roger correspondió. Poco después, se detenía frente a la puerta del edificio.

Apenas se apeó del coche, escuchó una vieja y conocida voz:

—¡Eh, Roger!

Roger se volvió:

—¡Martin! ¡Lutt Martin! ¿Qué diablos haces tú en Niza?

Lutt Martin, elegante, atlético y con la sonrisa a flor de labios, cruzó la calle.

Hasta entonces, había estado aguardando en la otra acera, donde se estaba construyendo lo que sería un parque.

Los dos amigos se estrecharon la mano.

CAPÍTULO III

Roger y Lutt estaban tomando sendos *whiskys* en el apartamento del francés.

—¿Sigues en la CIA?

—No lo digas tan fuerte. Se supone que soy un agente secreto —sonrió el americano.

—¿Y también es secreto lo que has venido a hacer a Francia?

—Bueno. A ti puedo decírtelo..., pero confidencialmente... Acabo de escuchar tu charla por la televisión...

—¿Y cómo diablos has sabido dónde vivía?

—Soy de la CIA —sonrió el otro.

—A mí no me vengas con misterios. Nunca he creído en vuestras superdotes.

—Eres famoso. Basta con preguntar —y Lutt apuró su *whisky*.

—¿Otro trago?

—¡Oh, no! Es temprano para beber, y hoy necesito tener bien despejada la cabeza.

—¿Qué te traes entre manos?

—Te dije que había escuchado tu charla... ¿No nos tienes mucha simpatía, verdad?

—¿Qué?

—A los americanos.

—Yo simpatizo con todo el mundo... Hay de todo en todas partes... Por ejemplo, tipos como tú... Todavía recuerdo lo bien que lo pasé, cuando estuve en tu país...

—Voy a aceptar ese trago.

—Vamos por él —y Roger sirvió a su amigo, y luego a sí mismo.

—El avión llega a las nueve y quince, ¿no es así? —inquirió el de la CIA.

—Sí, aproximadam... —no concluyó, arqueó las cejas y preguntó —: No me digas que estás aquí por...

—Por el profesor. Sí.

—¡No!

—No lo comentes.

—¿Desde cuándo mi tío necesita protección? ¿Porque si la CIA interviene es para facilitar protección, verdad?

—Algo por el estilo, por eso nadie debe saber que yo pertenezco a ese departamento... Sólo tú. Es distinto. Sé que puedo confiar. Y además, eres parte interesada.

—Pero quién... ¿Quién puede tener interés en hacer daño a mi tío?

—Nunca se sabe —respondió el otro rápidamente.

Tomó un trago.

El francés arrugó el entrecejo.

—Escucha... ¿Se trata de un trabajo de puro trámite?

—Espero que sí.

—¿Esperas?

—Eso he dicho.

Había una cierta gravedad en el tono del americano.

—Escucha, Lutt, no me gustan las medias palabras. Si sabes algo, dímelo claramente.

—Yo no sé nada. La mayoría de las veces andamos a oscuras.

—Pero en tu departamento...

—En mi departamento, tampoco...

—Alguien te ha dado la orden de venir aquí. ¿No es cierto?

—Mira, Roger. Tú ignoras, como casi todo el mundo, cómo funciona aquello. Todo es alto secreto. Hay «trabajos» que se realizan sin que se enteren ni nuestros amigos más íntimos. Hay secciones. En cada una de ellas se llevan a cabo misiones que las otras ignoran. A mí me han destacado aquí. Eso es todo.

—No. Eso no es todo. ¡Tiene que haber más!

—Cálmate, hombre. Nos hemos acostumbrado a actuar como en las películas. Se nos ha hecho tanta propaganda, que se nos ha contagiado. No ocurrirá nada.

—Quizá sería mejor llamar a la policía.

—Eso ni se te ocurra. Llenas el campo de gendarmes, y verás lo que ocurre. ¡No! Es mejor así. Todo, como la cosa más natural del mundo. Déjame a mí.

—No te creo, Lutt. Estás tratando de ocultarme algo... ¿Por qué

no puede llenarse el campo de gendarmes? Si me permites, te diré que creo plenamente en la eficacia de nuestra policía, sin menospreciar los servicios de tu organización.

Lutt guardó silencio y bajó la cabeza.

Tras un silencio, Roger preguntó:

—¿Has venido tú solo?

—Sí.

Otro silencio, que esta vez interrumpió Lutt:

—Te advierto que, si piensas hacer alguna averiguación acerca de mi departamento, te vas a llevar un chasco.

—Sí. Ya sé que allí no informan de nada.

Roger se había levantado, yendo hacia la cristalera cerrada que daba a la terraza.

El aire acondicionado evitaba que entrara el calor de la noche.

—Anda, ven aquí y siéntate. Voy a calmar tu impaciencia. No es que sepa gran cosa, pero... tal vez te ayude a comprender.

Roger se volvió.

—Di.

—Actualmente, no son sólo los rusos nuestros enemigos.

—Creí que eran vuestros aliados.

—No seas sarcástico... Sabes a lo que me refiero.

—Sigue.

—El avión de tu tío... Bueno, uno de los aviones que ha tomado para el regreso ha hecho escala en Varsovia.

—¿Y qué?

—Se sabe que «alguien» estuvo hablando con él.

—¿Quién?

—Eso no importa... Pero tu tío tiene ahora un secreto importante para nosotros. Secreto que «codician» otros.

—Escucha. Ha ido a la Unión Soviética como invitado... ¿Qué secreto han podido revelarles los rusos? No les creo tan ingenuos.

—No son los rusos. Ya se especulaba que, cuando se iniciaran esa clase de intercambios, ocurriría algo. Tu tío es persona... demasiado campechana, por llamarle de algún modo. El cree que, todo el mundo es bueno.

—Si no ocurre así es porque alguien se empeña en hacerlo inhabitable.

—No hacemos más que protegernos. La guerra fría no ha

terminado, ni mucho menos. Sólo que ahora hay más contendientes.

—No me salgas con los chinos.

—¡Con todos!

—¿Todos?

—Los que trafican con secretos y los venden al mejor postor.

—Mi tío jamás se prestaría a traficar con secretos.

—Quizá no.

—Escucha, Lutt, si pretendes decirme que alguien vendió un secreto a mi tío en Varsovia, no te creo.

—Mi deber es protegerle. Eso es todo, y te lo ruego. Punto en boca.

—¡Vamos al aeropuerto! Se hace tarde —fue la réplica de Roger, tras un silencio.

Se levantó y se dirigió hacia el *hall*.

—Roger —llamó el americano.

—¿Sí?

—No sé los días que voy a permanecer aquí. ¿Puedo pedirte un favor?

—Di.

—Preséntame como un amigo tuyo. Un invitado.

—De acuerdo.

—¿Puedo quedarme en tu casa?

—Voy a ceder mi habitación a mi tío. Pensaba dormir en la de los huéspedes.

—Si tu tío está aquí, preferiría estar cerca de él...

—Está bien. Ya nos arreglaremos. Si lo crees necesario.

—Lo es.

—Vamos.

—Otra cosa.

—¿Qué es?

—Tu tío no me conoce. No le digas quién soy ni que pertenezco a...

—Lo suponía.

—Bien. Vámonos.

—¿Tienes coche?

—He alquilado uno. Un coche americano —sonrió Lutt—. Pero no lo he traído. Para venir aquí he tomado un taxi. Pensé que me llevarías al aeropuerto.

—Vamos.

CAPÍTULO IV

El avión llegó a su hora.

Periodistas, fotógrafos, y los equipos de la primera cadena de la televisión aguardaban a que el profesor Niveau saliera del aparato.

Jean Niveau descendió por la escalerilla, entre la gente, sin darse la menor importancia.

—¡Ahí está!

Era un hombre sencillo, que vestía sin ninguna ostentación. Llevaba en la mano un pequeño maletín, y parecía un tanto aturrido cuando los fogonazos de los fotógrafos comenzaron a atacarle.

Empezaron las preguntas, apenas puso pie en tierra firme.

—¿Cómo le han tratado, profesor?

—¿Le han permitido ver las bases de lanzamiento de los vehículos espaciales?

—¿Significa esto una apertura entre las dos potencias?

Roger se abrió paso a empujones.

—Por favor, señores... Mi tío está cansado. Dejen al profesor. Ya les concederá una entrevista en su momento.

—¡Es Roger Niveau! —exclamó alguien, al reconocerle.

Lutt Martin estaba muy cerca de la escena. Sus ojos escrutaban a uno y otro lado.

La gente restante del vuelo había descendido ya del aparato, y ahora sólo quedaba el grupo que rodeaba al profesor.

Roger trataba de rescatarlo entre los informadores.

—Estoy algo cansado, señores... —decía el profesor—. Sólo puedo decirles que he sido perfectamente atendido, lo cual no ha constituido ninguna sorpresa para mí.

Los ojos del de la CIA se clavaron en un hombre situado algo más atrás. Había quedado solo, y parecía muy pendiente del grupo. Vestía un traje de alpaca azul, y sus manos se ocultaban en los

bolsillos del pantalón.

La diestra de Lutt se introdujo en el interior de la chaqueta. Sus dedos rozaron el revólver que llevaba en la funda sobaquera.

Otro hombre, cerca de la entrada, también parecía aguardar. Llevaba una cartera de mano, idéntica a la del profesor, pero, en la penumbra, el de la CIA no pareció advertirlo.

Roger había conseguido arrancar a su tío de los informadores.

—¡Vamos! Tenemos que pasar por la aduana —dijo Roger.

—¡Roger! —llamó Lutt.

—¡Oh, sí! Tío. Te presento a mi amigo Lutt Martin. Lo conocí cuando estuve en los Estados Unidos. Está aquí de vacaciones.

—Tanto gusto, señor Martin.

—Llámeme Lutt, por favor.

—¿No nos hemos visto en alguna parte? —inquirió el profesor.

—No lo creo. Yo jamás me acerco por el cuartel general de la NASA —sonrió Lutt.

—Perdónenme... Tengo que hacer una llamada urgente a..., bueno, a alguien. Es muy importante —cortó el profesor.

Los periodistas seguían lanzando sus fogonazos, y Lutt se separó prudentemente para no entrar en el enfoque, si bien no pudo evitar que alguna cámara le retratara.

Ahora, avanzaban tío y sobrino hacia la puerta, cerca del hombre joven del traje azul.

—¡Eh! —dijo el americano.

Lutt dirigió la mirada al individuo, y Roger le siguió.

De repente, sonrió.

—¡Claude!

El del traje azul sonrió a su vez.

—¿Qué tal, Roger? Bien venido, profesor.

—¿Quién es? —inquirió el recién llegado, enarcando las cejas.

—Claude Deladier. ¿No le recuerdas? Ahora, trabaja en publicidad.

—¡Oh! Deladier... Sí... ¿Qué tal, muchacho? Eras compañero de estudios de mi sobrino, ¿eh?

—Veo que me recuerda, profesor.

—¿Vives en Niza?

—No, no. He venido a pasar unos días por un asunto de negocios con la compañía con la que trabajo.

—Pásate un día por casa, Claude. Vivo en el 33 de la Nouvelle Avenue.

—Sí. Lo haré. Me ha encantado saludarle, profesor —repuso el llamado Claude, de edad pareja a la de Roger.

El de la CIA no había dejado de escrutarle como a un posible sospechoso.

Se acercaban ya a la entrada del aeropuerto.

El hombre del maletín idéntico al del profesor seguía allí, con otros viajeros, al otro lado de la valla, esperando turno para acudir al avión que tenía que partir en próximo vuelo.

En el momento de cruzar frente a ellos hacia la puerta de salidas internacionales, el hombre del maletín avanzó.

—¡Profesor, Niveau! —llamó—. ¡Profesor Niveau!

Los fotógrafos e informadores, micrófono en mano, seguían preguntando:

—¿Cuándo podrá atendernos, profesor?

—Amplíe su comentario para poderlo ofrecer a los lectores. ¿Cuál es su opinión sobre el modo de vivir de la Unión Soviética?

—¿Qué es lo más destacado?

—¿Subsistirá el intercambio de científicos?

—¿Por qué le han elegido a usted?

El hombre del maletín había llegado ya con el grupo, y tropezó de modo que parecía casual, pero lo hizo de forma que el profesor perdió el maletín.

—¡Eh! ¿Dónde va usted? —gritó alguien.

—Pero ¿qué hace...! —dijo el profesor.

El profesor se inclinó para recoger la maleta, pero el hombre se apresuró a entregársela. Cambiada.

El de la CIA separó a la gente a empujones.

—¡Fuera ya! Les han dicho que no molesten...

Si el maletín, cuando entre la confusión, lo recuperó el profesor, era el mismo que llevaba o no, era algo que nadie sabía.

El hombre que lo llevaba idéntico desapareció, mientras el grupo se dirigía hacia la aduana.

El trámite fue de lo más sencillo. El equipaje del profesor, que aguardaba ya sobre la mesa de la aduana, donde había sido llevado, no fue abierto en absoluto, ni tampoco el maletín.

—Bienvenido —saludó el de la aduana.

Los informadores todavía siguieron al ilustre viajero, cuando éste, entre su sobrino y el hombre de la CIA, se dirigía hacia la puerta de salida.

Afortunadamente, el coche de Roger estaba aparcado cerca, y en él se introdujo el recién llegado.

—Detrás irá mejor, profesor —sonrió el de la CIA, y al mismo tiempo subió él también a su lado, ocupando Roger el lugar para conducir.

El auto se puso en marcha.

Detrás, entre la gente del vestíbulo, avanzaba un hombre con la cabeza totalmente rapada.

El hombre se metió poco después en un coche dos caballos y siguió la misma ruta del recién llegado y sus acompañantes.

Todavía no habían llegado a la parte más céntrica de Niza, cuando el guardia que regulaba el tránsito detuvo a los vehículos que venían en el mismo sentido que el que conducía Roger.

—Tengo un montón de cosas para preguntarte —dijo Roger, observando a su tío por el retrovisor.

Lutt estaba ocupado en mirar a través del cristal de la ventanilla de su lado, y también a la del lado del profesor.

El «dos caballos» del tipo de la cabeza rapada estaba muy cerca, detenido entre otros automóviles.

—Espero que me dejes dormir esta noche. ¡Oh! Pero antes debo llamar por teléfono. Quería hacerlo en el aeropuerto, pero con toda aquella gente...

—En casa, tendrás mayor comodidad —repuso Roger.

—La verdad es que estoy cansadísimo. En todos esos días no he parado... Había un programa muy extenso.

—Dormirás en una buena cama, tío... Luego, cuando te hayas recuperado, te haré un reportaje en exclusiva para la televisión. Por algo somos parientes —sonrió Roger, poniendo en marcha al coche, una vez el guardia dio la señal.

El viaje continuó en silencio. Al profesor parecían cerrársele los ojos de sueño, sin importarle en absoluto los guiños de los luminosos que ya comenzaban a aparecer.

Durante un par de minutos, el silencio en el interior del coche era absoluto, y el profesor seguía casi inmóvil.

El tráfico ahora era bastante denso, y había coches a los dos

lados.

—Profesor... —empezó el de la CIA—. Espero que no le moleste que su sobrino me haya invitado a su casa.

El aludido no respondió.

—Quizá pensaba estar solo, en familia...

El profesor seguía en silencio, con los ojos entornados, pero inmóviles.

—No pienso molestarles en absoluto —siguió el de la CIA—. ¡Eh! ¿Se ha dormido usted?

Lutt le tocó suavemente y, enseguida, el cuerpo de su acompañante, como carente de vida, se inclinó hacia un lado.

—¡Profesor! —Casi gritó Lutt.

Jean Niveau cayó de lado.

—¿Qué pasa? —inquirió Roger, desde el volante.

—¡Para inmediatamente! —exclamó el de la CIA.

Roger pasó a la hilera de la derecha, y se metió en la primera esquina, frenando el vehículo.

Se volvió.

Su tío seguía inmóvil, y Lutt estaba auscultándole.

—¡No puede ser! —gritó, al fin, el americano.

Roger salió para dar la vuelta y abrir la portezuela del lado donde su tío permanecía en la misma actitud.

—¡Tío Jean! —llamó Roger.

La lacónica respuesta del americano fue bien concisa:

—No te esfuerces. ¡Está muerto!

CAPÍTULO V

El orificio era apenas un puntito. De no fijar su atención en él, hubiese pasado inadvertido, o acaso como una peca.

Estaba en el lado izquierdo, a la altura del corazón.

Lutt había pedido permiso para examinar el cadáver, como amigo de Roger, que también estaba a su lado.

Cuando salieron del depósito, murmuró a solas:

—Una bala de cianuro. Son diminutas. Pueden dispararse con cualquier chisme convenientemente preparado, un encendedor, un aparato fotográfico en miniatura. Tiene un radio de acción eficaz de irnos quince metros, y el disparo puede hacerse con la mayor precisión.

Caminaban por el largo corredor. Al final estaba el despacho del oficial de guardia de la policía.

—¿Desde algún coche? —inquirió Roger.

—Probablemente. Nunca me lo perdonaré.

—¿Qué se oculta detrás de todo esto, Lutt? ¡Tú tienes que saber algo!

—Ojalá lo supiera.

—Él insistía en llamar por teléfono. ¿Podría tener algo que ver?

—Lo averiguaré. Todo lo que sea necesario, lo sabré... Pero tendré que hacerlo a mi modo.

—¡Tú y tu modo! ¡Maldita sea! Lo han asesinado ante nuestras propias narices.

—Comprendo tu estado de ánimo —repuso el americano.

—Le quería, ¿sabes? Nos veíamos poco, pero era afable y bueno... ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Si pillara al tipo que lo hizo!

—No te arriesgues. La gente que hace esto sabe que se juega la vida, y no anda con contemplaciones. Tú no eres un profesional.

—¡Sea como sea, lo averiguaré, Lutt! Te lo juro.

—Roger... Ni una palabra a la policía, de cuanto hablamos.

—Escúchame, Lutt. Respeto tu profesión, pero esto es Francia, y quien ha muerto ha sido mi tío.

—Si de veras quieres llegar a descubrir al asesino, deja que actúe a mi modo, créeme. Soy perro viejo. Si creo que puedes ayudarme, no vacilaré en pedirte. Siempre estarás al corriente de mis pasos. Esto debe llevarse con mucho sigilo. ¡Ah! He tenido la precaución de guardar su maletín de mano en el portaequipajes del coche... Es posible que quieran examinar sus maletas. Deja que lo hagan, pero, por favor, ese maletín, no. Puede ser importante.

El oficial de la policía salió del despacho.

—¡Señores! ¿Quieren tener la bondad de pasar? —invitó.

Dos horas más tarde, Roger y Lutt estaban de regreso al apartamento de la Nouvelle Avenue.

—Nada... No han encontrado nada. Un equipaje normal... ¿Y qué me dices del maletín? Un par de libros para que pese y una camisa sucia.

—Lo cambiaron, no hay duda —repuso Lutt—. Ya sé cómo ocurrió... ¡En el aeropuerto! ¿Recuerdas aquel tipo que quiso acercarse a tu tío a empujones?

—Sí...

—¡Fue él! ¡Maldita sea! ¡Lo hizo ante mis narices, y no me di cuenta!

—¿Qué crees que iba en ese maletín?

—Daría cualquier cosa por saberlo... ¿Conocías a ese individuo de algo?

—¡No lo había visto en mi vida!

—¡Espera! El individuo estaba con la gente que aguardaba a la salida para tomar algún vuelo... ¡Tengo que averiguarlo!

Lutt se precipitó hacia el teléfono.

—La policía no ha visto esto nada claro —murmuró Roger.

—Dejarán de investigar, en cuanto reciban una comunicación oficial.

—¿Pretendes decir que todo esto quedará... tal como está?

—Se dará una información para la Prensa, de puro trámite, y dirán que continúan las pesquisas. Lo que se hace en estos casos hasta que se olvida.

—Yo no lo olvidaré, Lutt.

—Ni yo, amigo. Para ti era un familiar querido. Para mí... un

fracaso en mi trabajo. ¿Cómo diablos no se me ocurrió?

Le habían contestado ya al teléfono, y pedía:

—¿Aeropuerto? Oigan... Entre las nueve quince y nueve treinta de la noche, ¿qué vuelos salen?

Tras unos instantes de espera, insistió:

—Tiene que ser el avión que despegó poco después del vuelo procedente de Varsovia.

Poco después, Lutt dio las gracias y colgó.

—París —dijo escuetamente.

—Si aquel individuo que, según tú, cambió el maletín se fue a París, no puede ser el asesino de mi tío.

—Ahora, no busco al asesino, sino el maletín. ¡Lo que había en él!

—Tú solo vas a lo tuyo —exclamó Roger.

—No te excites. El maletín es la única pista... Debí haberme dado cuenta de que aquel sujeto llevaba uno igual... Tuvo que ser así... Tuvo que ser así —repitió Lutt pensativamente.

—A estas horas —adujo Roger— el avión habrá llegado.

—Queda la lista de pasajeros —repuso Lutt.

—¿Pretendes mirar persona por persona?

—Cuando no hay otro remedio...

—¡Vamos, pues! —exclamó el propietario del apartamento.

La noticia de la muerte del profesor estaba ya en el aire.

La radio y posteriormente la televisión difundieron el luctuoso suceso, con visos sensacionalistas.

Los dos amigos estaban ya en posesión de la lista de pasajeros. Las amistades de Roger habían contribuido a que se le facilitara aquello que generalmente no se entregaba a nadie.

Los pasajeros del vuelo a París eran quince únicamente.

Seis mujeres y nueve hombres. Entre los hombres había un sacerdote católico y un rabino. El resto contaba con dos conocidos hombres de negocios.

—Éste tampoco —tachó Roger.

—¿Quién es?

—Un periodista de France-Soir. Le conozco.

—¿Quién más hay?

—Pierre Cabo... Julien Arnaud... No les conozco.

—Faltan otros dos.

—Hay un hombre inglés: John Lester.

—¿Lester?

—¿Le conoces?

—No. Hay que descartarlo.

—¿Por qué?

—El tipo que se acercó a tu tío no tenía acento inglés.

—Es verdad —admitió Roger.

—Su francés era perfecto.

—Queda el último... Sueco, parece.

Lutt echó una ojeada a la lista, por encima del hombro de su amigo.

—Sí... Tampoco me suena, aunque todo podría ser...

—Si descontamos a los clérigos...

—A uno por lo menos, sí... Recuerdo haber visto que iba con el alzacuellos —dijo Lutt—. En cuanto al rabino... hummm. ¿Qué nos queda?

—Cabot y Arnaud.

—Tendré que ir a París. Tengo un enlace. Si conoce de algo a alguno de esos hombres, me lo dirá.

—Iré contigo.

—¡No! Eso tengo que hacerlo solo. Tú no te muevas de aquí. En todo caso, espera mis instrucciones...

Llamaron a la puerta.

—¿Esperas a alguien? —inquirió el americano.

—No.

—Entonces, ve a abrir.

Roger abrió la puerta y se encontró con una muchacha de ojos grandes y mirada interrogadora.

—¡Colette!

—Hola, Roger... Acabo de enterarme de la noticia. Quería llamarte, pero opté por venir.

—Pasa, Colette.

Lutt se aproximó, fijándose en la muchacha.

—¡Ah! Creí que estabas solo —musitó ella—. Ya sé que no son horas, pero...

—No importa. Quiero presentarte a este amigo. Lutt Martin. Es americano. Colette. Suele hacer algún trabajo para mí.

—Encantado —saludó Lutt.

—Tanto gusto.

—Entra. Siéntate.

—Es horrible lo que ha ocurrido. Sé lo mucho que apreciabas a tu tío.

—¡Un momento! ¿Cómo has entrado?

—La puerta estaba abierta.

—¿La puerta? Nosotros la cerramos, al entrar —dijo Roger.

—Es cierto —admitió Lutt.

—Es extraño... En otras circunstancias, no le daría importancia, pero ahora... Excúsame, Colette.

Roger salió a la ventana y observó el coche que estaba aparcado a unos cuantos metros del portal. Era deportivo y bastante llamativo.

—¿No es tuyo ese auto que está ahí, verdad? —inquirió Roger, volviéndose hacia la muchacha, que estaba en el centro de la estancia, junto con Lutt.

—No. Yo no tengo coche. Tomé un taxi.

Roger volvió a entrar y murmuró:

—Presiento como... una amenaza. No lo sé, pero algo extraño ocurre. Voy a ver.

Y se precipitó hacia el *hall*.

—¡Espera! Iré contigo —dijo Lutt.

CAPÍTULO VI

El corredor estaba a oscuras, pero se iluminó rápidamente cuando Roger, a tientas, dio con el conmutador de la luz.

Al quedar iluminado, los dos hombres observaron que estaba desierto.

El ascensor estaba en el piso, y vacío.

—La escalera —dijo Lutt.

Roger se hallaba ya al borde del primer escalón. Se detuvo.

Lutt también aguzó el oído. Alguien estaba subiendo, sin hacer demasiado ruido.

El americano miró alrededor, como si buscara algún lugar dónde esconderse.

Cruzó por detrás de Roger, y se apostó en la pared, bien apoyada la espalda, y con la mano en el interior de la chaqueta.

Roger se colocó al otro lado.

La escalera, moderna, estaba metida en un hueco formado por tres tabiques, y compuesta por tramos rectos, sin que fuera posible ver quién subía hasta que no llegaba al tramo correspondiente al piso, porque carecía totalmente de ojo para mirar.

Los pasos de quien subía a pie, iban aproximándose.

Se detuvieron en el piso inferior, y durante unos instantes parecieron alejarse.

Roger esperó unos instantes.

Lutt interrogó a su amigo con la mirada, y Roger se encogió de hombros.

Tras medio minuto de espera, sonaron de nuevo las mismas pisadas, y aquella vez subían hacia la tercera planta.

De nuevo los nervios de los dos amigos se pusieron en tensión.

Aguardaron.

Quienquiera que fuese no tardaría en aparecer.

El

tip-tap

llegó hasta los últimos peldaños del tramo anterior.

De pronto, la luz se apagó, en el momento en que iba a parecer el autor de las pisadas.

—¡Enciende, Roger! —exclamó Lutt.

Roger se deslizó por el corredor, en el momento en que una linterna se encendía en la escalera.

Era la persona que subía.

—¡Quieto! —gritó la voz de Lutt.

—¿Qué significa esto? —inquirió otra voz de hombre.

Roger había dado de nuevo el conmutador, y se aproximó a la escalera. Vio cómo Lutt estaba encañonando a alguien.

—¿Qué pasa? —preguntó otra vez la voz del hombre.

Cuando Roger se colocó junto al americano, y vio al hombre que estaba a la mitad del último tramo antes de llegar a la planta, exclamó:

—¡Claude!

Sí. Era Claude, el excompañero de estudios de Roger.

—Un momento... ¿Nos vimos en el aeropuerto, verdad? —preguntó Lutt, recordando.

—Sí. Eso es —dijo el aludido—. Pero no comprendo...

Lutt guardó el revólver.

—Bueno. Lo siento. Estamos un poco nerviosos. ¿Verdad, Roger?

—Sube, Claude.

—Estaba buscando tu apartamento. Me dijiste el número de la calle, pero no la planta. Por eso subía a pie. No hay buzones abajo.

—Tienen que instalarlos todavía. Esto es nuevo.

Claude llegó junto a los dos amigos.

—¿Pero... por qué...?

—Supongo que sabes lo de mi tío...

—Sí. Acabo de enterarme, y no logro entenderlo... Era una excelente persona... Recuerdo las tardes que pasábamos los dos estudiando... A veces, él nos resolvía algunas dudas... Cosas que no entendíamos. Era un hombre que tenía tiempo para todo.

—Anda, vamos...

Le indicó el apartamento, y Claude volvió la mirada hacia el hombre de la CIA.

—Os visteis en el aeropuerto. Es Lutt. Un buen amigo.

—Perdone que le haya encañonado, pero nos dijeron que la puerta del vestíbulo estaba abierta, y Roger pensó que podían habernos seguido.

—¿Es que no vive nadie más en el edificio? —preguntó el recién llegado.

Roger negó:

—No. Bueno, una muchacha que baila en el casino, pero suele venir bastante tarde. Vive en la planta de abajo.

—¡Ah!

—¿Cómo entraste? —inquirió Roger, ya en la puerta de su apartamento.

—Estaba la puerta abierta.

—Me sigue pareciendo extraño —murmuró Roger.

—Tal vez no cerró bien —murmuró el de la CIA.

—Es automática y cierra sola, a menos que alguien la frene, antes de que llegue al tope.

No se habló más de ello porque apareció Colette.

—¡Es un amigo mío! —presentó Roger, pensativo.

—¡Colette! —exclamó Claude, sorprendido.

—¿Os conocéis? No lo sabía —repuso Roger.

—¡Hola, Claude! —saludó ella.

—Bien, pasa —invitó Roger.

—Trabajó en la compañía, una temporada —dijo Claude—. ¿Verdad, Colette?

Ella hurtó la mirada del recién llegado, y no contestó.

Lutt parecía mucho más pendiente de ambos que el propio Roger. Sin embargo, terció para decir:

—Tengo que ir a París. ¿Recuerdas?

—Está bien. Dame noticias, tan pronto te sea posible.

—Descuida. No te preocupes, y ¡ánimo, muchacho! Ni cien gendarmes hubieran podido evitar lo ocurrido.

Salió de la casa. Había llegado sin equipaje, por lo menos a casa de Roger, y así marchó.

Claude tenía la mirada puesta en la muchacha, y ella murmuró:

—Discúlpame, Roger. Yo también tengo que irme.

Fue entonces cuando Roger pareció darse cuenta de que algo pasaba entre Claude y la muchacha, pero no hizo ninguna pregunta.

CAPÍTULO VII

El hombre que había cambiado el maletín del profesor, llamaba desde la habitación de un hotel.

Sobre la cama estaba abierto el maletín y, desparramado por fuera, podía verse un portafolios, un libro de física nuclear, un cuaderno con apuntes, un estuche de aseo, un frasco de tabletas, y un paquete de chocolates.

Del otro lado del hilo, una voz lejana contestó a la llamada del individuo:

—¿Qué hay?

—Nada —replicó el del hotel.

—¿Estás seguro?

—Debía llevarlo en otra parte. He buscado bien.

—Tal vez el maletín tiene un doble fondo. Busca.

—Te digo que no hay nada, y yo me largo. Esto no me gusta.

—Iré a verte. Tiene que estar.

—Es un maletín de lona. Corriente. No hay dobles fondos... Debía llevar la «cosa» en alguna otra parte.

El que estaba al otro lado del hilo colgó el aparato. Luego, se aproximó a la ventana del hotel.

Era una calle estrecha, cercana a un paseo. Con sólo asomarse podía verse el mar.

Aquel hombre no estaba en París, sino ¡en Niza!

El sol caía sobre las terrazas del edificio.

Roger estaba pergeñando unas líneas. Eran apuntes para un guion.

De pronto, sacó el papel de la máquina y lo tiró para ponerse en pie y encender un pitillo.

Evidentemente, no se sentía con ánimos para escribir nada.

Vestido con pantalón, mangas de camisa y un pañuelo, decidió

salir tal como estaba.

Eh la calle, el cartero bajó de su bicicleta, miró el número del apartamento y leyó otra vez el sobre.

Decía:

Roger Niveau
3 Nouvelle Avenue. Depto. 3 — 0
NIZA (Francia)

No había remite, pero la carta había sido enviada desde Suiza.

El cartero se aproximó a la puerta, y echó la carta por debajo.

Quedó en el vestíbulo.

El cartero se alejó, silbando, en el instante en que se detuvo el coche descapotable de la noche anterior.

Una muchacha rubia se apeó, sacando las llaves.

Al descender, mostró sus largas y bien moldeadas piernas por la abertura de su larga falda, abierta por el centro.

La blusa brillante, muy propia para una fiesta nocturna, le ceñía el cuerpo, destacando su preciosa anatomía.

Sacó una llave del pequeño bolso, y la introdujo en la cerradura para abrir la puerta del edificio.

Vio la carta y se agachó para tomarla. Se fijó en el nombre.

Sonrió, dubitativa, y durante unos segundos se abanicó con ella.

En aquel momento, se abrió la puerta del ascensor y apareció Roger.

Ella pareció un tanto sorprendida, con la carta en la mano.

—Buenos días, señorita Moreau.

—Buenos días, señor Niveau.

Él se fijó en la carta y murmuró:

—¡Ah! Ya pasó el cartero.

—Sí... Por cierto. Esto es para usted.

—¡Ah!

Le entregó el sobre.

—Perdone que lo haya cogido. Hasta que no nos pongan los buzones, nunca se sabe para quién es la correspondencia. Se la hubiera traído.

—Gracias —tomó la carta, y su rostro cambió de expresión.

Había reconocido la letra. ¡Era de su tío!

—¿No la abre? —preguntó ella.

—¿Cómo?

—Pregunto que si no la abre... ¿Sabe una cosa? Me da la sensación de que presiente usted malas noticias. ¡Si viera la cara que se le ha puesto!

—Disculpe. Tengo prisa —fue la réplica del joven, avanzando ya hacia la salida.

La puerta estaba cerrada. Como de costumbre, se había cerrado automáticamente cuando la recién llegada la soltó, después de entrar.

Al salir a la calle e ir directamente hacia su coche, con la carta todavía sin abrir, la mirada de Roger se clavó en el descapotable de la muchacha.

—¿Eeh? —pensó en voz alta.

Recordó haber visto el coche, la noche anterior.

De repente, se dijo que bien pudiera ser que su única vecina, la noche anterior, contra la costumbre, se hubiera quedado en casa... Después de todo... ¿Qué diablos le importaba a él?

Sin embargo, tras el extraño asesinato de su tío, todo le parecían misterios.

Se volvió, con la vaga sensación de que alguien le estaba observando, y vio que no se equivocaba.

La llamativa y explosiva Adriana Moreau estaba en el umbral de la puerta, con una sonrisa a flor de labios.

—¿Es... suyo ese coche? —inquirió.

—Sí. Es nuevo. Mi última adquisición. ¿Le gusta?

—Sí... Pero...

—¿Qué, señor Niveau?

Ella se acercó, abriendo el pequeño bolso.

—Nada que... Ayer, cuando regresé, creo que no lo vi, y luego salí a la terraza y lo vi.

—Bueno. No tiene nada de extraño. Anoche no actué, Los miércoles no actúo nunca. ¿No lo sabía? Es mi día libre.

—No. No lo sabía.

—¿Es extraño, no le parece?

—¿Qué es extraño?

—Somos los dos únicos vecinos de este bonito edificio, y apenas nos conocemos... Sólo los nombres.

—En realidad, los dos trabajamos a horas distintas. No

coincidimos.

—¿Quiere probar mi coche, señor Niveau?

—¿Su coche?

Ella le tendió, generosa, la llave.

—Todavía no me entiendo muy bien con él...

—Tengo el mío. No es ninguna maravilla, pero va bien.

Disculpe, señorita Moreau.

—¿No le parece una tontería?

—¿Que no quiera probar su coche?

—No. Que nos llamemos con tanta solemnidad. Mi nombre es Adriana.

—El mío, Roger.

—¿Me das fuego, Roger? He terminado las cerillas.

La voz de Adriana Moreau sonaba cálida, insinuante casi, y sus ojos parecían devorar al escritor.

El sacó el mechero de gas, pulsó el resorte y ofreció la llama a su vecina, que dio un par de chupadas al cigarro y luego sopló sobre el fuego.

—Gracias.

Tenía todavía la llave en la mano. Extendió la palma y añadió:

—Si alguna vez quiere probar mi coche, sólo tiene que pedírmelo.

—Sí, sí. Disculpe, seño... Adriana.

Dio la vuelta y se alejó.

En realidad, no tenía nada que hacer. Estaba sorprendido por la recepción de aquella carta con matasellos suizo, a su nombre y con letra de su difunto tío Jean.

Se sentó en el coche, en el suyo.

A través del retrovisor, observó que la vecina estaba todavía en la puerta.

No hizo caso, pero, de pronto, pensó algo y se asomó.

—¡Adriana!

—¿Sí? —inquirió ella, desde el umbral.

Hablaban a una distancia de unos veinte metros, y tenían que levantar bastante la voz.

—¿Dejó usted anoche la puerta abierta del vestíbulo... cuando regresó?

—Tal vez.

El salió del coche y se aproximó de nuevo a la puerta. Ella sonreía, complacida.

—Oiga, Adriana.

—Tutéame...

—Sí, claro. Quizá te parezca un estúpido, pero ese detalle de la puerta me preocupó bastante.

—Bueno. No tengo por qué esconderme. Anoche tenía una cita. Esperaba a alguien. Alguien que no llegó... —hizo una pausa, junto a un mohín de fingida tristeza—. Dejé la puerta abierta para que mi visita no tuviera que llamar al timbre. Resulta engorroso bajar a abrir. No funciona el automático de mi piso... Estos apartamentos modernos son un asco. Te los venden con la propaganda de que lo tienen todo y luego resulta que la mitad de las cosas no funcionan.

—Entonces, fuiste tú.

—Sí. Dejé la puerta abierta. Lo siento. Pero aquí no creo que haya ladrones... Todo son casas en construcción —y haciendo una transición añadió—: ¿Todavía no has abierto la carta? Se ve que estás habituado a recibir mucha correspondencia. Yo no podría tener tanto tiempo un sobre en la mano, sin romperlo para saber lo que hay dentro.

El la miró fijamente.

—Esta carta es... es de un familiar mío que ha muerto —explicó él, lentamente.

—¡Oh! ¿Y cómo puede ser eso? He visto el matasellos. Viene de Suiza, ¿verdad? Soy muy curiosa.

—Sí. Viene de Suiza.

—¿Cómo sabes que ha muerto?

—Porque lo asesinaron anoche. ¡En mi coche!

—¡No lo sabía! ¡Oh! ¡Dios mío! Qué cosas... Un asesinato —y la explosiva Adriana pareció muy afectada por la noticia.

Roger rompió el sobre en el bar.

Dentro, había una nota, y luego otro sobre cerrado, sin señas.

«Querido sobrino:

»Sé que mi vida está amenazada, pero no te alarmes, posiblemente todo saldrá bien. Pero si algo me ocurriera, guarda este sobre y entrégalo únicamente al profesor

Nelson. Es un amigo mío, pero no le busques. ¡Por Dios! No hagas nada por encontrarle. Será él quien venga a ti. No se llama Nelson. Es un nombre clave, que sólo conocemos él y yo.

»Tal vez pienses que es una imprudencia confiar algo tan importante al correo. A menudo suele ser el medio más discreto. De todos modos, no tengo opción. Echaré esta carta en la breve escala que el avión hará en un aeropuerto suizo. Me han dicho que cambian de azafata. Hay una muy simpática. Le daré la carta para que la eche al correo.

»Lo más probable es que la recibas cuando yo esté en tu casa, y entonces todas mis precauciones habrán estado de más; sin embargo, repito que, por lo que pudiera suceder, prefiero confiarte esto a ti. Recuerda: Nelson.

»Recibe un abrazo de tu tío,

»Jean».

Quedó con la nota en la mano, como ensimismado.

Luego, pasó los ojos por el sobre. No era muy abultado, y en su interior parecía contener una simple hoja de papel.

Dudó un momento, como si pensara en abrirlo. No. No lo hizo, lo guardó en el bolsillo, con la nota.

—Ése ha sido el motivo de su asesinato —pensó, casi en voz alta.

CAPÍTULO VIII

Roger dejó el coche en el gran aparcamiento, y avanzó hacia el Banco.

Junto a la calle, detenido, se hallaba otro vehículo, cuyo conductor era Claude.

Claude observó a Roger, pero le dejó pasar, sin saludarle.

Le vio entrar en el Banco, y salió del auto para seguir hasta la puerta del establecimiento.

Roger habló con un empleado:

—Quiero hacer un depósito. ¿Es posible alquilar una de sus cajas?

—Desde luego, señor. ¿Una caja particular, o quiere hacer el depósito en la caja general?

Entonces, al volverse hacia la puerta, vio fugazmente a Claude. Y Claude se retiró como si no quisiera ser descubierto.

—Particular.

—¿Tendrá la bondad de rellenar ese formulario? Firme al final... Si quiere designar a alguien más para que tenga acceso a la caja, haga el favor de consignarlo.

—No, no.

—Como guste. Es sólo una medida de precaución...

Roger dudó un instante.

—Comprendo...

Pensó que si los que habían matado a su tío, buscaban el contenido de aquel sobre, posiblemente no se darían por vencidos... Todo el mundo sabía que él. —Roger— era su sobrino. Su único familiar. El mismo había hablado por la televisión, la tarde anterior. Luego, había salido en las fotografías de los periódicos... Los asesinos irían sobre su pista. Sospecharían... Acaso llegaran a acosarle.

Miró alrededor, con la sensación de que alguien le observaba.

—Disculpe —dijo, sin terminar de rellenar el impreso.

Se metió el sobre en el bolsillo y salió a la calle.

Tuvo tiempo de ver a Claude entrando en el pequeño coche aparcado a la orilla de la calle, y hasta le pareció que su amigo y excompañero de estudios se volvía hacia atrás para ver si él le seguía o no.

Claude arrancó rápidamente, y Roger, sin dudarlo, tomó carrera hasta alcanzar su propio auto.

Cruzó la calle, con bastante tránsito, entre bocinazos de los conductores.

Llegó al coche y echó la marcha atrás para sacarlo del apareamiento y emprender la carrera tras su amigo.

Se preguntaba el motivo por el que Claude había actuado de aquel modo tan sigiloso.

¿Una coincidencia?

No. No podía ser mía coincidencia.

—Estoy seguro de que me ha visto... Parecía que me siguiera —pensó, en voz alta.

Instintivamente, asoció la idea de haberle visto la noche anterior en el aeropuerto.

¿Qué diablos hacía en el aeropuerto?

Si quería saludar a su tío, ¿por qué no trataba de encontrarle cuando estuviese ya instalado?

—No es tan difícil encontrar a una persona cuando de veras se la quiere ver —volvió a pensar, hablando consigo mismo.

Luego, recordó el intercambio de miradas de la noche anterior entre Claude y Colette.

Colette se había marchado repentinamente..., como si la presencia de Claude la atemorizara.

—¿Cuánto tiempo hacía que no veía a Claude? —se preguntó.

Algunos años.

Es curioso cómo, a veces, personas con las que convives temporadas enteras desaparecen del círculo en que uno se mueve, y tardan años en volver a encontrarse... Se habitúa uno a ellas y, de repente, dejás de verlas...

¿Qué es de esas personas?

Pensó en el carácter de Claude.

Siempre había sido un inconformista, y no demasiado buen

estudiante. Era de los que querían prosperar sin esfuerzo.

Recordaba vagamente alguna de sus frases favoritas:

«Para vegetar por el mundo, no vale la pena vivir. El dinero es lo único que cuenta».

Ése era uno de sus comentarios favoritos.

Y había otros:

«Yo soy de los que no se conforman con migajas, y no quiero desperdiciar mi tiempo con pruebas estúpidas. Iré directo a lo que me convenga».

Aquellas palabras demostraban un espíritu no inconformista sino egoísta.

¡Claro que el mundo estaba lleno de egoístas en ese sentido! Gentes que sólo suspiran por el dinero, por las comodidades y bienestar que con el papel moneda se pueden comprar.

«Los ricos viven. Tú lo sabes bien porque nunca te ha faltado nada. Pero fíjate en los demás..., vegetan. Van por la vida con una desesperante rutina. Y la rutina no se ha hecho para mí».

Egoísmo, si... Pero entonces Roger no le hacía caso. Claude no era el único en soñar... ¿Acaso había llevado sus sueños hasta más allá de lo lícito?

Mezcladas con las frases de Claude, que repiqueteaban en su mente, y mientras seguía detrás de su coche, impedido de correr, debido al tránsito, veía, con los ojos de la imaginación, la escena del aeropuerto:

Periodistas, fotógrafos, informadores...

¡Y veía a Claude!

¿Por qué Claude?

Luego, recordaba lo que le había dicho Lutt Martin:

—Esas balas diminutas pueden dispararse con cualquier artefacto preparado para ello. Son eficaces hasta unos quince metros.

Y él. —Roger— había preguntado si creía que esa mortífera bala podía haber sido disparada desde cualquier coche que, durante alguna parada de la circulación se hubiese situado a su lado.

—Sí —fue la respuesta de Lutt.

Pensó Roger que cualquier coche podía haberles seguido desde el aeropuerto.

¡Y Claude estaba en el aeropuerto!

Claude, ahora, salió del paseo de los Ingleses para meterse en una calle transversal.

Roger se vio retenido por el guardia, y tuvo que frenar bruscamente. Claude se le escapaba.

Y mientras se consumía de impaciencia, pensaba, pensaba.

¡El maletín!

¡El hombre que lo cambió!

Entonces razonó bajo otro punto de vista.

«Si lo que les interesaba era el maletín, ¿por qué matarle, si ya lo habían cambiado...?».

El guardia abrió de nuevo el paso y Roger lanzó el coche hacia delante.

La calle por la que había echado su perseguido desembocaba en una plazuela.

Hacia la izquierda había el signo de prohibición. Quedaba otra calle al frente, por la que se podía transitar, y un desvío a la derecha.

Roger dudó un momento, y se metió por la calle que tenía delante. Pronto vio que la vía sólo tenía salida por un lado, y era para dar la vuelta y volver a la plaza.

Dio el rodeo para meterse por la otra.

Desembocó en un tramo de la vieja carretera del Principado de Mónaco. Aceleró pisando a fondo.

Al cabo de un kilómetro salió a la general.

Le pareció que, tras la primera curva, se ocultaba el automóvil de Claude, y volvió a pisar el acelerador.

Pasó los dos coches que llevaba delante, en su fantástica carrera. Su mente volvió a funcionar con lucidez.

«Tal vez abrieron el maletín y, al no encontrar lo que buscaban, le mataron..., porque es evidente que lo que buscaban era el sobre», pensó otra vez.

Y otra vez pisó a fondo el pedal del gas.

«No, no —se repitió, razonando con lógica—. Si no encontraron el sobre, les interesaba conservarle vivo».

Había llegado a la curva, que dobló sin frenar. Las ruedas de atrás patinaron ligeramente, pero era experto conductor.

Ahora sí que veía claramente el coche que perseguía. Le tenía delante, y podía adivinar la silueta de su conductor: Claude.

—Cien metros —calculó, en voz alta.

Necesitaba alcanzarle, y ahora la carretera estaba despejada, pero había entrado en una zona de curvas.

La dirección era Antibes, hacia el Sur, pero siempre por la carretera de la costa, la que, en dirección opuesta, regresaba a Niza y a Montecarlo.

Había recorrido ya unos diez kilómetros, y ahora era necesario recurrir a los frenos a cada una de las curvas.

¿Por qué diablos seguía Claude?

Roger hizo sonar el claxon.

Claxon y continuo chirriar de frenos.

Claude no cedía terreno.

La carretera inició un breve repecho. Era buen terreno para el auto de Roger, mucho más potente.

«Le alcanzaré antes de que llegue arriba», pensó.

Era un tramo en obras. Había la señal de peligro: «Salida de camiones».

Salió un mastodonte de doce toneladas, cargado con tierra y pedruscos. Estaban ensanchando el tramo.

Se cruzó delante de Roger, que tuvo que hacer una brusca maniobra para evitarlo.

Venía otro coche por el lado contrario.

Con maestría y sin perder la serenidad, Roger giró de nuevo el volante. Patinaron las ruedas. Por un momento, pareció que iba a perder el control del coche y precipitarse en el vacío de la izquierda.

Se aferró al volante y logró hacerse nuevamente con el mando absoluto para proseguir la persecución.

Los segundos que perdió facilitaron a su perseguido la llegada a lo alto del repecho. Luego, empezaba nuevamente el descenso, y la carretera se estrechaba.

La curva estaba casi encima, y Claude pisó el freno, al darse cuenta de que no le daría tiempo a virar.

Claude no era tan buen conductor, o estaba demasiado nervioso. Las ruedas le patinaron. No pudo hacerse con los mandos, y el coche volcó, saltando hacia la cuneta.

Roger pudo ver perfectamente cómo su amigo saltaba por la puerta que acababa de abrirse, y caía hacia el precipicio.

CAPÍTULO IX

Claude estaba en el suelo, con las ropas destrozadas y el rostro lleno de rasguños.

Vivía.

Vivía y trataba de levantarse, cuando Roger se aproximó.

Algunos coches se habían detenido unos metros más arriba, al percatarse de la magnitud del accidente.

Roger ayudó a su amigo.

—Creí que no lo contaba —murmuró.

Se palpó, como si temiera encontrar algo roto en su cuerpo.

—Te escapaste por poco.

El coche quedó más abajo. La explosión, a consecuencia del vuelco, se produjo en aquel instante.

—Si no llego a saltar a tiempo...

—Vamos a tomar algo. Te conviene.

Claude estaba como clavado en el suelo, con los ojos fijos en las llamas. A lo lejos, sonaba la sirena de los motoristas de la policía.

—Sí, vamos... —murmuró.

—¿Puedes andar?

—Creo que sí. Me he dado un golpe por ahí —señaló la espalda.

—¿Tienes unas cuantas cosas que contarme, verdad?

Claude no respondió.

Estaban en un parador de la carretera.

La policía les había entretenido el tiempo preciso para hacer el informe pertinente.

Tras los trámites, Roger había llevado a su amigo en el coche hasta el parador.

Eran los únicos clientes.

—Lo siento. Me asusté... —murmuró Claude, después de beber de un trago el coñac doble.

—Traiga otro coñac, y deje la botella —pidió Roger al camarero que se alejaba.

—Sí, señor.

—¿Por qué te asustaste?

El camarero dejó la botella sobre la mesa, después de servir el otro doble.

El otro guardó silencio. Para terminar engullendo el segundo coñac doble.

—Sólo se asustan los culpables.

—Lo siento.

—Habla, Claude... ¿Qué sabes?

—¿A qué te refieres?

—De sobras lo sabes. Asesinaron a mi tío. Tú estabas en el aeropuerto.

—¡Roger! ¿De qué diablos me hablas? —Miró alrededor.

—¿Por qué huías?

—¡No grites! —exclamó Claude, en un susurro.

—Está bien. Habla de una vez.

—Escucha..., es necesario que no nos vean juntos.

—¿Por qué?

—Me han amenazado de muerte. Es razón suficiente para asustarse. ¿No? Yo no tengo madera de héroe.

—¿Quién te ha amenazado?

—Un tipo. Trabaja en un bar de mala muerte, hacia el lado de la ciudad vieja.

—¿Cuándo te amenazó?

—Anoche. Poco después de salir de tu casa. Había alguien oculto cerca de donde vives. Recordé que habían dicho lo de la puerta, y luego pensé en el recibimiento que me hicisteis... Ese americano, con el revólver.

—¿Qué pasa con el tipo?

—Le vi de lejos. Él se dio cuenta, y se metió en un coche y salió corriendo. Al principio, pensé en seguirle, pero luego le perdí de vista. Estuve en un bar, tomando un par de copas, y pensé llamarte por teléfono, pero se acercó alguien y me dijo que fuera al café de Magaly. Que era muy importante...

—¿Es ese café que has mencionado antes?

—Sí.

—¿Por qué fuiste?

—Me dijeron que tú querías hablarme. Pensé que Colette te había llamado, después de irme yo.

—¿Qué tiene que ver Colette en esto?

—¿De veras no te ha dicho nada?

—No. Y esto me recuerda que también tenía que preguntarte el motivo de esas extrañas miradas que os dirigisteis anoche. Pero vayamos por partes...

—Bueno. Sí. Fui a ese café, y salió ese tipo.

—¿El que viste cerca de mi casa?

—No. Es decir no lo sé. Aunque no me lo pareció. Era un hombre que, por lo menos, mide dos metros.

Una pareja entró corriendo en el local. El golpetazo de la puerta indicó la fuerza del viento que reinaba en el exterior.

Hasta aquel momento, Roger, atento a lo que le contaba su amigo, no había advertido el brusco cambio del tiempo.

El sol se había ocultado detrás de negros nubarrones, que presagiaban la tormenta.

El viento azotaba las plantas y los arbustos, Claude continuó:

—Me metieron en una especie de almacén.

—¿Te metieron?

—Sí. El hombre y otro sujeto más bajo, con aspecto de... ¡Qué sé yo! Un tipo repugnante... Me golpearon. Todavía me duele aquí —y se palpó el estómago—. Creí que iban a reventarme. Dijeron que aquello eran simples caricias, comparado con lo que iban a hacerme si yo te decía «algo».

—«Algo».

—Bueno... Me preguntaron por qué había ido a tu casa; y qué era lo que habíamos hablado...

Sonó un rayo, seguido inmediatamente del retumbar del trueno. La tormenta estaba allí mismo.

Comenzó a llover.

—¡Vaya un tiempo más loco! —rió la chica que había entrado, acompañada por el joven—. Si nos quedamos un momento más en la playa...

De la carretera llegaba más gente, procedentes de la pequeña playa, situada bajo el acantilado.

—¿Qué era lo que tú podías decirme? —preguntó Roger.

—No lo sé. Palabra...

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, y siguieron golpeándome... Les supliqué. Les dije que me dejaran en paz. El mastodonte me dijo textualmente: «Si vas a la policía, no verás salir el sol nunca más».

Sonó otro trueno, casi al mismo instante en que el cielo se había iluminado con la luz de otro rayo.

La tierra pareció temblar. Y tintinearón los cristales de las pequeñas lamparillas de pared, y alguna puerta batió, impulsada por el viento.

La lluvia caía de lado, batiendo sobre los cristales.

—Es una tormenta de verano —dijo alguien.

—La radio ha anunciado que persistiría la inestabilidad todo el día. Hay niebla en la montaña. ¿No lo habéis visto esta mañana? —dijo otra voz.

—Con tal de que no cierren el aeropuerto...

Los comentarios surgían de todas partes, y aumentaban con el número de personas que entraban para refugiarse del aguacero.

—Trata de hacer memoria, Claude... ¿Qué cosa tan importante podías decirme?

—Espera que termine... Seguramente se convencieron de que les decía la verdad, y fue entonces cuando me dejaron, advirtiéndome de que no querían verme contigo.

—Es porque temen que puedas recordar algo... Algo que tuvo que ocurrir en el aeropuerto, y que pueda darme una pista.

—Tal vez... Por eso cuando te vi, pensé llamarte.

Pero luego me acordé de aquel tipo... Le vi.

—¿Le viste?

—Sí. Te seguía. Y me vio a mí también.

—¿Dónde estaba?

—Cerca del Banco. Por eso huí. Tuve miedo... Lo siento. Llámame cobarde, si quieres... —hizo una pausa y Roger le sirvió otro coñac, llenándose la copa, a su vez.

La lluvia caía como si la echaran con manguera. El cielo persistía encapotado.

—Tendré que llamar al hotel. Me esperan a mediodía, pero, con ese tiempo, no es posible salir —dijo una voz.

—Con esa tormenta es peligroso usar el teléfono. Es una fuerza

mayor.

—¿Crees que cerrarán el aeropuerto?

—Si hay niebla como dicen, sí.

—¿Para qué diablos les sirve el radar?

Era otra de tantas conversaciones que llegaba a los oídos de Roger y de Claude, pero ninguno de los dos la escuchaba. Ambos permanecían atentos a sus propias palabras, a su propio problema.

Y Claude añadió:

—Ahora ya está. Y me alegro de que lo sepas. Tenías que saberlo, Roger... Sólo que ahora voy a necesitar protección. Si te han visto salir detrás de mí, comprenderán que hemos hablado.

—Esa gente ha cometido un error.

—¿Tú crees?

—Sí, porque si creen que tú, anoche, en el aeropuerto pudiste ver algo... Te han abierto los ojos. Te obligan a forzar tus recuerdos...

—Avisaré a la policía, y te ruego que me acompañes. Eso les puede servir de ayuda para esclarecer el asesinato.

—Espera un poco. No creo que tarde en recibir noticias.

—¿Noticias?

—Es asunto un poco complicado...

—¿Un asunto de espionaje, no?

—Tal vez...

Continuaba la tormenta, y no era posible moverse.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Claude.

—Claude —inquirió Roger gravemente—. ¿Me has dicho toda la verdad?

—¿Es que acaso piensas que puedo mentir en una cosa así?

—Huías porque no te vieses conmigo... Y dices que aquel tipo me seguía a mí.

—¡Sí, pero también me vio a mí! —repitió Claude.

Luego, tras una pausa, y mirando alrededor como si temiera que tras la faz de cada cliente pudiera esconderse un enemigo, añadió:

—Hay algo que vi anoche en el aeropuerto... No sé si es lo que ellos no quieren que tú sepas.

—¿Qué?

—Cuando os fuisteis... Había un hombre que llevaba un maletín exacto al de tu tío. Me fijé después de que ese hombre se metiera en

el grupo. Al principio, no le di importancia, pero luego..., luego recordé haber visto a tu tío un maletín igual. Entonces pensé que era una coincidencia. No se fabrica sólo una maleta de cada modelo... Pero pensándolo después, recuerdo que ese hombre salió corriendo.

—Estaba con los pasajeros que esperaban la orden para embarcar en un avión, destino París —recordó Roger.

—No tomó ningún avión porque lo vi subir a un coche, a la salida del aeropuerto. Un descapotable, bastante llamativo. ¡Roger! Ahora recuerdo... ¡Cielos! ¡Cómo no di con ello antes!

—¿Te refieres al descapotable que estaba en la calle cuando llegaste?

—Muy cerca del portal de tu casa. ¡Era el mismo! ¡Claro! ¡Era el mismo que tomó el hombre del maletín, Roger!

CAPÍTULO X

La tormenta les había retenido en el parador, y allí comieron. Claude se sentía algo más animado, después de lo que había conseguido recordar, y parecía menos asustado que al principio.

Roger apenas comió. Rumiaba en todo aquello que había sabido de labios de Claude.

Su explicación no carecía de lógica, y en principio quería creerle.

Pensaba en el coche.

¡Era el de su vecina!

Se dijo que aquella tarde tenía un montón de cosas que hacer. Era la oportunidad de investigar por su cuenta, de llegar hasta la verdad.

Pudieron salir después de la comida. La tormenta había amainado, aunque seguía lloviendo.

Alguien recordó el informe meteorológico transmitido:

—Acertaron. La tormenta cesó, pero parece que tendremos lluvia por todo el día.

Roger, al volante de su coche, emprendió la vuelta hacia Niza. Claude ocupaba el asiento del lado.

—¿No tienes nada que decirme, con respecto a Colette?

—Bueno... —murmuró Claude, un tanto embarazado por la pregunta—. La verdad es que no me porté muy bien con ella, cuando la conocí en París, hace algún tiempo.

—¿Saliste con ella?

—Creí que era una chica fácil.

Guardó silencio unos instantes, y luego preguntó:

—¿Hay algo serio entre tú y ella, Roger?

—De momento una buena amistad. Es una gran chica.

—Sí, lo comprendo.

—¿Hay alguna razón por la cual no pueda haber nada serio

entre Colette y yo? —inquirió Roger, mirando un momento a su amigo.

—No. Claro que no. Ya he dicho que es una buena chica.

—Bien. Si no quieres hablar, no me importa. Si se trata de un flirt, lo comprendo perfectamente.

—¡Qué más da que lo sepas! Quizá ella misma acabaría por contártelo.

—Ahora, no. Sabe que somos amigos. No querrá indisponernos.

Tras otro silencio, el amigo de Roger musitó:

—Traté de conseguirla, a pesar de todo...

—¿Qué quiere decir a pesar de todo?

—Ya te dije que la imaginé una chica fácil. Cuando me di cuenta de que no lo era... Bueno... Había hecho una apuesta con unos amigos. Una tontería... Se dedican a vender ciertas fotografías.

—Pornográficas, ¿no?

—Bueno, llámalo como quieras.

—¿Y tú tienes tratos con esa gentuza?

—Estas cosas se pagan bien.

—Tú siempre has adorado el dinero.

—Quizá porque no lo he tenido en abundancia como tú, que además todo te sale bien.

—Tal vez porque pienso menos en el dinero y más en el trabajo.

—Yo también pienso en el trabajo... Pero hoy todo es caro... Vender unas cuantas fotos, diferentes, no es mal negocio.

—Y sales con las chicas para fotografiarlas...

—No con todas...

—¿Y pretendías hacer lo mismo con Colette? Ahora lo entiendo.

—No ocurrió nada, Roger. Te lo aseguro. Ella lo descubrió y terminamos...

—En fin —suspiró Roger, como si se diera por vencido—. Trato de hacer guiones que reflejen la realidad, pero está visto que uno jamás llega a conocer bien a las personas.

—Sé que me consideras un...

—No lo digas. Prefiero olvidar esto... Sí, prefiero olvidarlo.

Hicieron en silencio un buen trecho de lo que les quedaba de viaje.

Ahora estaban ya entrando nuevamente a la ciudad y seguía lloviendo.

—Vas a indicarme dónde está ese bar, Claude. Iré a hacer una visita a esa gentuza.

—¡Sabrán que he hablado contigo!

—¿Cuándo terminas tu trabajo en Niza?

—Dentro de un par de días. Tengo que ver a alguien..., pero pensaba pedir que me relevaran. Puedo alegar una enfermedad. Me sentiré más seguro en París.

—Enciértrate en el hotel.

—Deben saber dónde vivo.

—Entonces, ven a mi casa. Puedes quedarte allí. Cuando Lutt regrese, le hablaré de eso.

—¿Te refieres al americano?

—Sí.

—¿Quién es, en realidad?

—¿El americano?

—Sí.

—Un buen amigo.

Y tras otro breve silencio, Claude murmuró:

—Roger... Yo también soy un buen amigo... De veras. Te aprecio mucho, y también apreciaba a tu tío.

Roger ya sabía dónde estaba el café de Magaly. Era, realmente, un tugurio de la parte vieja, que se había pretendido convertir en algo típico, semejante al París barriobajero, y más que una imitación parecía lo que era: una realidad.

Roger no entró, de momento; prefirió llevar primero a su amigo a casa y, al entrar en la calle donde se levantaba el edificio donde vivía, observó el descapotable de su vecina.

—¿Es éste, no? —inquirió a Claude.

—¡El mismo! —repuso su amigo.

—Es de una vecina.

—Pues tiene que conocer a ese individuo de la maleta.

—Tal vez... —Detuvo el auto detrás del descapotable y quedó pensativo. Luego, añadió—: Me ofreció dar un paseo con él, y creo que voy a aceptarlo.

—Tú también puedes correr peligro.

—Desde luego.

Instintivamente, se palpó el bolsillo del pantalón. Allí llevaba la carta, que no tuvo tiempo de depositar en el Banco.

—Es una estupidez haber utilizado un coche que cualquiera puede reconocer. ¿No crees?

—Según como tú me has contado las cosas..., quizá sí, pero a lo mejor existe otra versión.

—¿Es que sigues pensando en que te he mentido?

—No, Claude... Sin embargo..., las cosas siempre se hacen por algún motivo... a menos que sea una casualidad, y existen dos coches iguales. ¿Te fijaste en la matrícula?

—No, claro que no.

—Es curioso —dijo, poco después Roger, cuando ya habían dejado el coche y subían los dos con el ascensor—. Adriana Moreau vive en este apartamento desde hace dos semanas. O sea más o menos cuando yo recibí la carta de tío Jean desde Rusia, diciéndome que pensaba venir a descansar unos cuantos días en mi casa, a su regreso.

—Entonces, quizá esa mujer tenga algo que ver... ¿A qué se dedica?

—Es bailarina.

—¡Moreau! ¡Adriana Moreau! ¡Clare! Es bastante popular. Debe ganar mucho dinero para tener un coche como ése.

Las puertas automáticas del ascensor se abrieron en la tercera planta, y los dos hombres salieron para encaminarse a la puerta C.

—Si además gana un sobresueldo haciendo espionaje... —comentó Roger, y añadió seguidamente—: Ese coche, sin embargo, es nuevo. Nuevo de ayer.

Habían llegado junto a la puerta, y Roger introdujo la llave en la cerradura.

Se volvió un momento y al instante gritó:

—¡Al suelo, Claude!

De la escalera había surgido un hombre. Llevaba el rostro cubierto con algo que le deformaba. Parecía una media muy ajustada o un capuchón de nylon.

El hombre esgrimía un revólver, provisto de silenciador.

¡Flap, flap!, sonaron las balas totalmente amortiguadas.

La rapidez con que Claude se había echado al suelo evitó que les dos primeros disparos pudieran alcanzarle.

Roger había abierto ya la puerta, y, dejándola abierta, se precipitó hacia dentro.

Corrió hacia el salón, gritando:

—¡Entra, Claude! Entra.

Como una exhalación, el amigo de Roger se tiró materialmente dentro de la casa cuando su propietario tenía ya en sus manos la pistola automática que había extraído del cajón.

Rápidamente, Roger se dirigió hacia la puerta.

El hombre que había efectuado los disparos corría por la escalera, huyendo.

Roger, tras él, pero tuvo que echarse hacia atrás porque el fugitivo se revolvió desde el rellano del segundo piso para disparar otras dos veces y seguidamente reemprendió la huida, con ligera ventaja.

Cuando Roger llegó a la planta baja, el autor del atentado se revolvió junto a la puerta para terminar con las balas del cargador, mientras Roger nuevamente tenía que parapetarse.

Asomó, al fin, para disparar a las piernas del fugitivo, pero el otro logró eludir los disparos y, desesperadamente, huyó hacia el parque en construcción.

Roger salió tras él.

Continuaba la lluvia, pero no por ello desistía de proseguir la persecución.

Luego vio un coche salir entre el laberinto de las obras. Intentó alcanzarle las ruedas con varios disparos.

No lo consiguió, y tampoco podía pensar en perseguirle porque el auto ya le había tomado demasiada ventaja, huyendo además por un punto donde, para seguirle, hubiera sido necesario dar un gran rodeo.

CAPÍTULO XI

—Ni un rasguño. Por segunda vez escapé de la muerte de milagro —dijo Claude, aceptando de buen grado el *whisky* que le ofrecía su amigo.

Roger tomó otro.

—Me pregunto, ¿cómo podían saber que estabas aquí?

—¡Lo saben! Tienen espías en todas partes... Ella, tal vez...

—Si te refieres a la vecina, no la creo con aptitudes para adivinar el pensamiento.

—¿Qué quieres decir?

—Hasta hace un momento, no hemos decidido que irías a mi casa, Claude.

—Es cierto.

—Y sin embargo, ese tipo nos esperaba.

—Sí.

—Entonces, quizá no eres tú el que ha nacido por segunda vez en el día de hoy.

—¿Qué?

—Que, en esta ocasión, las balas no eran para ti, sino para mí.

—¡Disparó contra mí!

—Bueno... Para no dejar testigos. Muerto más, muerto menos, no importa para cierta clase de gente.

—Hay que avisar a la policía...

—Lutt dijo que no había suficientes gendarmes para evitar un crimen como el que se cometió con tío Jean, y tenía razón... — Quedó pensativo largamente, y luego sus ojos parecieron iluminarse con alguna idea. Miró a su amigo, y lentamente dijo—: Creo hallarme con todas las piezas en la mano...

—¿Qué piezas?

—Las de un complicado rompecabezas..., pero algo ha empezado a encajar. No obstante, me da la impresión de que me

han escamoteado un trozo..., algo que me falta, pero que tengo la sensación de verlo delante, casi de tocarlo; sin embargo, se me escapa.

Su mano derecha, hundida en el bolsillo del pantalón, rozó de nuevo la carta recibida de Suiza.

Recordó que aquella carta la había recogido, antes que él, su vecina Adriana Moreau.

—Sí... Ella lo sabía —pensó en voz alta.

—¿Qué es lo que sabía?

—Nada, amigo. Cosas mías. Ahora, vas a quedarte aquí. No abras a nadie. Hay un cerrojo de seguridad. Espero volver pronto.

—¿Dónde vas?

—A... a hacer unas cuantas visitas. Hasta luego.

El timbre, con sonido de campanilla, repiqueteó al otro lado de la puerta.

Roger aguardó a que la inquilina del segundo c le abriera.

Adriana apareció en el umbral, medio minuto más tarde.

Le recibió con un sugestivo desvestido. Algo muy liviano, muy corto y casi transparente.

—¡Oh, Roger! Me alegro de verte... Estaba descansando. ¡Vaya un asco de tiempo! ¡Pero, pasa! Vas a echar raíces en la puerta... Ya conoces el camino. Este apartamento debe ser igual que el tuyo. ¿Es el c también, verdad?

—¿No has oído disparos..., por casualidad? —preguntó él, avanzando detrás de la muchacha.

—¿Disparos? ¡Oh! Debía dormir. La lluvia me da por dormir... ¡Disparos! —Pareció reaccionar.

—He sido yo. Acabo de sufrir un atentado... Han pretendido matarme.

—Tú debes bromear —sonrió ella, junto a la mesita cargada con botellas de bebidas de varias clases y marcas.

—Te aseguro que no... Y no sé por qué me da la impresión de que tú has tenido que... —Ella le miraba, casi risueña, con ojos grandes, ingenuos— has tenido que ver al agresor.

—No me he movido de casa desde esta mañana. He comido aquí.

—¿Sola?

—¡Y tan sola!

—No te creo.

—¡Oh! ¿*Whisky*?

—Sí.

—¿Con agua? ¿Con hielo? ¿Con soda?

—Con nada, ni veneno.

—Qué cosas más raras dices. ¿Siempre hablas así?

—Es verdad que nos conocemos poco.

—Podemos intentar vernos más a menudo... —sonrió ella, entregándole el vaso de *whisky*.

Ella se sirvió otro.

—Exacto. Me gustaría que nos conociésemos mejor... más «a fondo».

—¡Oh! Vas muy de prisa... —murmuró ella, remilgosa.

—Será porque siempre me han gustado las cosas hechas con rapidez... Pensado y hecho. Es mi lema.

—Es bastante tarde... Sólo tengo poco más de dos horas... A las nueve tengo que estar en La Estrella de la Bahía.

—Sólo son las seis.

—Pero tengo que prepararme, cambiarme, darme mi baño de sales... Adoro las sales.

—Todavía queda para dar una vuelta con el coche... Me he decidido a probarlo..., si es que todavía mantienes tu oferta.

—¡Oh, sí! Pero con ese tiempo...

—Ahora, llueve menos. Además... Ya veo que has puesto la capota. Por cierto, esta mañana no la llevaba.

—Bueno. Con la tormenta, no iba a dejarlo que se mojara —repuso ella.

—Creí haber entendido que no habías salido de casa —repuso él, entre frío y sarcástico.

En aquellos momentos, era lo más parecido a sí mismo cuando actuaba en televisión. Su conversación semejaba a la de sus personajes favoritos, dialogados por él mismo.

Ella no se inmutó.

—Esto no es salir, vecino... Anda, sírvete otro *whisky*, si quieres, mientras yo me cambio.

—¡Adriana!

—¿Sí? —Se revolvió, coqueta. Cada movimiento suyo parecía estar concienzudamente estudiado.

—¿Tampoco has telefoneado a nadie?

—¡Oh! ¡Qué manía! ¿Por qué quieres saberlo? ¿Te importa mi vida privada?

—Simple curiosidad.

—Eso es propio de mujeres.

—Te aseguro que soy un hombre.

—Sí. Estoy convencida de ello. —Y le guiñó un ojo, mientras desaparecía por la puerta de su habitación.

El echó una ojeada al apartamento. Tenía los muebles diferentes y dispuestos en forma distinta, pero la distribución era exacta.

Avanzó hacia la terraza, y miró a la calle. Desde el segundo piso, era mucho más próxima.

Estaba desierta.

La lluvia había paralizado las obras, y en los alrededores no había nadie. Por ello, los disparos que efectuó contra el autor del atentado no llamaron la atención de nadie.

Ni de Adriana...

Pero ¿decía la verdad cuando afirmaba que estaba dormida y que no había oído nada?

Apareció ella, con un minivestido no más largo que un camisón *St. Tropez*.

—¿Me abrochas, Rogar? —dijo, volviéndole, coqueta, la espalda. El tiró de la cremallera, interrumpiendo sus pensamientos.

—Lista.

—No dirás que te he hecho esperar mucho.

—No.

—¿Nos vamos?

—Cuando quieras.

—¿Otro trago?

—Nunca me emborracho antes de las nueve —repuso él.

—¡Oh! Lo sabré para otra vez.

Salieron. Bajaron con el ascensor. Cuando llegaron a la calle, ya no llovía.

Desde la terraza, Claude, a través de los cristales, podía ver a la pareja. Roger abrió la puerta para que subiera Adriana.

Cuando iba a hacerlo, él al volante, llegó el coche modelo americano. Roger levantó la mirada.

El auto frenó bruscamente en la otra acera, y Lutt saltó a la

calle.

—¡Roger!

—No te esperaba tan pronto.

—Acabo de llegar. He venido directamente... ¿Tienes algo que hacer? —Lutt se había aproximado al descapotable, y ahora clavaba su mirada en las bien torneadas piernas de la acompañante de Roger.

—Pues, sí... Algo bastante provechoso.

—Escucha... —Le hizo una seña para que se alejara. Quería hablarle a solas.

—¿Qué quieres? —inquirió Roger, apartado del coche y en voz baja.

—Es una chica bonita, Roger... Pero si de veras te interesa descubrir al asesino de tu tío... He averiguado algunas cosas.

—¿Crees que salgo con ella para divertirme? —atajó rápidamente Roger, con frialdad.

—¿Qué pasa, pues?

—Yo también he averiguado algunas cosas... Por ejemplo, que el hombre del maletín no voló hacia París, sino que se quedó en Niza, y utilizó ese coche para salir del aeropuerto.

—¿Es cierto eso?

—Sí. Ésa es la versión de Claude. Está arriba. Me ha contado cosas bastante importantes.

—Sabía que el tipo de la maleta no estaba en París.

—¿Cómo lo supiste?

—Ya te dije que tenía un enlace... Por él supe que los hombres que más o menos podían ser el que buscábamos no eran conocidos como agentes extranjeros o colaboradores. El rabino era auténtico, luego, descontando los que tú dijiste conocer, sólo quedaban las mujeres... Tenía que ser un hombre, así que se me ocurrió pensar en alguna anulación de última hora. Me las arreglé para conseguir la información de la compañía. Mostré la hoja de vuelo, y entonces me dijeron que un pasajero no se había presentado en el momento del vuelo.

—¿Sabes quién es?

—El americano.

—¿John Lester?

—Tienes buena memoria para los nombres... Sí. Ése es el que

utiliza, pero es falso, y tampoco es americano, sino francés.

—Y sigue en Niza.

—Por eso he vuelto.

—Bien. Regresaré pronto. Toma mi llave y sube.

—Tu amigo... ¿Dices que está arriba?

—Sí, y se sentirá más aliviado si tiene compañía.

—¿Le has dicho quién soy yo?

—No.

—Mejor así. Este asunto no está todavía resuelto.

—En cambio, a mí, Lutt, me da la sensación de que estoy más cerca que nunca del final. Hasta pronto.

Y volvió al descapotable, con la rubia.

CAPÍTULO XII

—¡Pero, Roger! ¿Dónde te propones ir? —protestó ella.

Roger conducía el descapotable a gran velocidad, por la carretera del aeropuerto.

—Estamos llegando, Adriana... Supongo que no te asustará correr, ¿verdad?

—Me encanta la velocidad.

—Bien, estamos llegando.

Se detuvo en el aparcamiento del aeropuerto.

—¿Por qué estamos aquí?

—Para refrescarte la memoria...

—No te entiendo.

—Anoche este coche estaba aquí... Quizá no en el mismo lugar, pero sí en el aeropuerto.

Ella miró un momento a su compañero y chasqueó la lengua con cierto fastidio.

—¿Es que tengo que dar explicaciones de todo lo que hago? ¿Qué clase de vecino eres?

—Escucha, Adriana. No sé qué papel te han asignado en todo este drama... Porque es un drama, ¿comprendes? Anoche asesinaron a un hombre, y hoy han estado a punto de liquidarme a mí...

—Pero ¡qué tiene que ver mi coche...!

—Un hombre complicado en todo esto, muñeca..., subió anoche en ese coche. En ese mismo coche, y yo quiero saber dónde vive ese tipo, quién es... y porqué anoche llevaba ese coche.

—Me aburre tu conversación, Roger —cortó ella, cambiando totalmente de tono y de semblante.

—Contéstame.

—Llévame a casa o sal del coche y me iré yo.

El la cogió bruscamente por los hombros con ambas manos.

—Cuando hablo en serio, no me gusta perder el tiempo.
¿Comprendes?

—¡Me haces daño!

—Esto es sólo una caricia... ¿No querrás que te marque el rostro?, ¿verdad? Pasaría algún tiempo sin que pudieras actuar... Y se ve que te pagan bien... Este coche mismo vales bastantes francos.

—¡Eres odioso!

—Imagínate lo que pienso de ti, si cada vez que te miro creo que eres cómplice del asesinato de mi tío.

—¡Eso, no!

—¿Qué pito tocas en todo esto? ¡Vamos! No pasaremos la noche aquí, perdiendo el tiempo.

—No entiendo lo que pasa —murmuró ella—. Y no creí que todo esto pudiera ser tan importante... Pero me hablas de un asesinato... No sé si bromeas o si tratas de asustarme.

—¿Es que todavía no te has enterado de que anoche murió un hombre? ¡Asesinado!

—Me lo dijiste tú... Pero yo no..., no podía saber.

—Será mejor que hables, Adriana. De lo contrario, tendré que entregarte a la policía.

—¡No! ¡Eso, no! Total, sólo hice un favor a un amigo.

—¿Un favor a un amigo?

—Le presté mi coche... Fue él quien me lo vendió.

—¿Que te lo vendió?

—Sí... Trabaja en la agencia distribuidora de esa marca. Yo me encapriché de él, y lo compré.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde. Me dijo que me lo entregaría a domicilio, que quería probarlo para cerciorarse de que estaba en perfectas condiciones.

—Entonces... No fuiste tú quien lo dejó delante de tu casa.

—Sí, fui yo...

—Habla más claro.

—Deduje que Johnny...

—¿Johnny?

—Johnny Lester. Así se llama ese individuo.

El nombre coincidía, y Roger murmuró:

—Vas por buen camino. Sigue. ¿Desde cuándo conoces a ese

tipo?

—No sé... No recuerdo. Le vi algunas veces por el local donde trabajo. Me invitó en varias ocasiones. Un día me enseñó el coche. Le dije que cuando tuviera dinero lo compraría... Me encantan los coches.

—Continúa con lo de ayer.

—Me dijo eso. Que lo probaría. Yo le contesté que iría con él, y entonces me dijo que deseaba impresionar a su novia..., pero que, si yo lo necesitaba, mío era. Entonces le dije que podía probarlo con su novia. No tenía ni la más remota idea de dónde había ido.

—¿Es ésta la verdad?

—Ve a ver a Johnny y pregúntaselo, si quieres. Te dirá que me llamó por teléfono y me dijo que le era imposible traérmelo, que había tenido una pelea con su novia y quería arreglar las cosas y que, si no me importaba, me dejaría el auto en el paseo de los Ingleses. Así que cogí el viejo y fui a buscar el nuevo. Luego, él me volvió a llamar para preguntarme si ya había recogido el coche. Le dije que sí. Hablamos un rato... Y quedó en venir a tomar una copa.

—Esta mañana me has dicho que habías dejado la puerta abierta porque esperabas a alguien.

—Sí. Era a Johnny Lester.

—¿Y sabes que ese Johnny Lester no es inglés o americano, como su apellido parece indicar?

—Lo sé. Utiliza ese nombre porque pretendía actuar como artista. Sabe tocar la guitarra y hace juegos de manos.

—¡Y tanto si los hace! Por lo menos, es especialista en cambiar maletines.

—¿Qué? —inquirió ella.

—Nada, sigue.

—No hay nada más que decir. Sólo que tiene más de cuarenta años, y los empresarios quieren juventud... Se metió a vender coches. Al menos, eso fue lo que me contó. Si tanto interés tienes, lo encontrarás en el Reggis Club. Es su local favorito. No me preguntes por su domicilio porque lo ignoro. Pero si no está donde te digo, espera a mañana. Estará en la agencia, intentando convencer a algún otro cliente.

Tras un silencio, Roger comentó:

—Espero que no me hayas mentido.

—No me gusta dar explicaciones sobre lo que hago. —Adriana había perdido aquel tono ficticio en su voz. Ahora hablaba más bien con hastío—. Pero puestos a decir las cosas como son, no me pillarás en ninguna falsedad... Además, yo no quiero líos. No sé nada de asesinatos.

—Adriana.

—¿Qué quieres ahora?

—Iré a ese club...

—Haz lo que quieras, pero vuélveme a casa.

—Ten cuidado.

—¿Eh?

—Si tu relación con ese Johnny Lester es tal como me has dicho, la casualidad ha hecho fracasar un plan... Simplemente porque el tal Johnny pidió prestado un coche nada menos que al vecino de la víctima. Eso podría traer consecuencias.

—¿Quieres decir que mi vida puede estar en peligro?

—Sí.

—¡Vaya! ¡Es un consuelo!

—Tal vez sea cuestión de pocos días. Lo que me has dicho puede ayudarme mucho. Ese Lester es la pieza que me faltaba. El cabo suelto. Tirando de él, puedo llegar hasta el asesino, hasta el final, hasta saber quién maneja los hilos en el tinglado.

Ella se encogió de hombros.

—Hoy no debe ser mi día...

—¿Ignoraba Johnny Lester dónde vivías?

—Claro.

—Sin embargo, al comprar el coche...

—Dejé mis señas, sí, pero antes no las sabía.

—Tiene cierta lógica.

—¿Qué?

—Cuando supo que el profesor tenía que ser vecino tuyo, le entró miedo y pensó en el error que había cometido... Por eso anoche le esperabas inútilmente.

—Si tú lo dices. —Adriana no entendía nada.

—Vamos. De paso para tu casa, iré al Reggis Club. Y ojalá que de allí salga con la información que preciso.

Puso el embrague y dio gas, para acelerar rápidamente.

CAPÍTULO XIII

Mientras se había desarrollado la conversación entre Adriana y Roger, en el apartamento del guionista y actor, sus dos amigos también habían sostenido una charla, relacionada con los hechos de la noche anterior.

Claude había explicado a Lutt lo ocurrido en el café Magaly, pasando por la sombra que había visto la noche anterior, rondando el edificio.

También contó lo del atentado, al regresar con Roger.

Lutt había escuchado pensativamente. Luego replicó:

—Quiero echar un vistazo a ese bar... Sólo para ver a ese par de individuos.

—Roger dijo que iría.

—Tal vez se retrase, y no es cuestión de desperdiciar el tiempo. Cada segundo actúa en favor de los asesinos.

—Entonces... ¿Se va?

—Sí. Si viniera Roger entretanto, díglele que no tardaré.

—De acuerdo.

—¡Ah! Veo que nuestro amigo tiene *whisky*... Me serviré un trago. ¿Quiere usted?

—No. Creo que ya he bebido bastante por hoy.

Lutt se sirvió. Tomó de golpe el *whisky* y se despidió con un:

—Chao.

Apenas había cerrado la puerta, sonó el teléfono. Tras alguna indecisión, Claude optó por cogerlo.

—Diga.

Lo repitió varias veces, con la sensación de que al otro lado del hilo había alguien que no quería contestar.

Efectivamente, quien quiera que llamase no quería darse a conocer. Colgó.

Claude escuchó el chasquido y colgó también.

Quién estaba al otro lado del hilo era una mujer. Colette. Estaba pensativa, y hasta preocupada.

Volvió a marcar el número y, de nuevo, al escuchar la voz de Claude, colgó.

Evidentemente, deseaba hablar con Roger, y le buscó en otro par de números telefónicos.

—No. Hoy no le hemos visto —dijeron en el primer sitio.

—Aquí no ha venido. ¿Desea que le demos algún recado? —inquirió el camarero.

Era un bar, donde Roger solía ir a menudo a comer.

—Dígale que Colette desea verle. Que trate de ponerse en contacto conmigo.

—De acuerdo, señorita. Se lo diré —repuso su informante.

Roger se aproximaba al centro.

—¿Es necesario que yo vaya al Reggis Club?

—No entres, si no quieres. No voy a obligarte.

—Parece que todavía sigues desconfiando —repuso pila.

—Pienso en la carta que recibí esta mañana... ¿Recuerdas que te dije que era de mi tío?

—Pues, sí..., lo recuerdo. ¿Qué tiene que ver?

—Si alguien imagina que dentro de esa carta puede haber algo importante... No sería nada extraño que tratara de robármela, aunque tuviera que matarme por ello.

Ella guardó silencio, y dejó que él continuara.

Con la mirada atenta al tránsito, Roger prosiguió:

—Solamente tú sabías que yo había recibido una carta, fechada en Suiza, con letra de mi tío en las señas —él la sacó del bolsillo, mostrándosela.

—¿Y qué? —repuso ella, fijándose en el sobre.

—Si lo has dicho a alguien...

—¿Por qué tenía que decirlo? ¿Qué me importa a mi tu carta?

—La tenías en la mano.

—Porque soy una estúpida... Pensé subírtela y entablar conversación contigo. ¡Sí! —añadió, de mala gana—. Soy así de imbécil. Ya ves cuántas complicaciones.

Del modo que lo decía parecía ser sincera, pero, en aquellos momentos, Roger desconfiaba de todo el mundo.

Llegaron delante del Reggis Club. Era un lugar bastante céntrico

y, por la fachada del local, parecía uno de esos sitios íntimos y, en consecuencia, caros.

—Si me esperas, te acompañaré —repuso él, antes de entrar.

Ella no replicó, pero apenas Roger hubo saltado, Adriana se colocó delante del volante, y dio el encendido.

Se fue.

Se largó, llena de fastidio, y con un rictus de mal talante en su mirar.

Roger entró en el local.

Como imaginaba, era uno de esos lugares con escasa luz. Todo decorado al estilo de los años veinte, pero un tanto recargado en los rojos.

Había una pequeña barra sin taburetes, y un par de clientes charlaban con las barwomen.

Más allá se abría una salita irregular, con mesas bajas y sofá común, cuyo respaldo estaba adosado a la pared.

Una puerta, oculta por una cortina, comunicaba con otro reservado.

Una ojeada le bastó a Roger para comprobar que allí no estaba el hombre del maletín. Estaba seguro de reconocerle, si volvía a verle.

Avanzó hacia el otro reservado, donde la luz era más débil todavía.

Escuchó el rumor de una pareja que estaba arrullándose. Eran los únicos que ocupaban la mesa, disimulada por un biombo.

Dio la vuelta y se fijó entonces en una pequeña puerta, decorada de rojo. Encima había el anuncio de *Toilette*.

Iba a salir porque el Reggis no parecía disponer de más dependencias.

De pronto sonó un grito.

Fue un grito horrible, agudo. Un grito de mujer.

Todo el mundo intentaba buscar la procedencia.

La *Toilette*. Una mujer acababa de entrar allí.

Roger se precipitó hacia la puerta, en el momento en que ésta se abría. Los otros clientes se apresuraron también a acudir cuando la mujer, con el rostro descompuesto, salía de dentro, indicando algo con el dedo.

—Allí, allí.

Antes de que nadie pudiera ver qué era lo que trataba de indicar la mujer, Roger descubrió el cuerpo.

Estaba tendido, justo en medio de las dos puertas que separaban los lavabos de señoras y de los de caballeros.

Era el cuerpo de un hombre, de bruces.

La escasa luz impedía, en principio, ver la sangre. Roger, al aproximarse, la vio. Vio la sangre y el cuchillo. Se lo habían clavado en el cuello, y el arma le atravesaba de una forma extraña, pero precisa.

—¡Hay que avisar a la policía! —dijo alguien.

—¡Yo me largo! —repuso otra voz.

—No quiero líos.

Roger permanecía allí, inclinado, tratando de identificar al muerto.

—¿Tienen un poco más de luz? —preguntó.

Nadie contestó.

Una de las camareras se aproximó.

—¿Ha dicho que quiere luz?

—Sí...

—Tengo una linterna.

—Deme.

La camarera fue por ella. Antes de que regresara, Roger consiguió abrir la puerta de los lavabos de caballeros, que la posición del cuerpo del cadáver impedía. Forzándola, la dejó abierta, y, con la luz más clara del cabinet, descubrió a la víctima.

¡Era el hombre del maletín!

¡Le habían asesinado!

CAPÍTULO XIV

Atravesó a pie un buen trecho de la ciudad.

Era la hora que la gente salía de los restaurantes y se sentaba en las terrazas de los cafés, aprovechando de nuevo el buen tiempo.

Sí. La lluvia, la tormenta de la mañana, la niebla, todo había quedado solo en el recuerdo, y la noche tomaba a ser veraniega.

Era la hora en que la gente se preocupaba de buscar su espectáculo favorito o simplemente de pasear por la fabulosa bahía.

Pero a Roger, ni el guiño de los luminosos, ni el marco impresionante de belleza y ambiente le hacía volver la mirada.

Corría como un loco.

Su meta era el café de Magaly. Aquel antro donde la noche anterior había sido golpeado su amigo Claude.

Entretanto, Colette había vuelto a llamarle.

Le telefoneó a su casa, pero en aquel momento el teléfono no respondió.

La casa de Roger, en la zona residencial, estaba aparentemente vacía.

Una y otra vez, la joven intentó comunicar, pero le resultó imposible.

Abajo, en la calle, el descapotable de Adriana volvía a estar ya delante de la puerta.

Colette intentó llamar otra vez al *snack*-bar.

—Lo siento, señorita. Roger no ha venido hoy... No, no... Descuide, recuerdo perfectamente su encargo, y se lo daré si viene, pero no es seguro.

—Gracias.

Colgó.

Y Roger seguía corriendo.

Estaba ya en las estrechas calles de la ciudad antigua, y así llegó a su destino.

Pasó al interior del Magaly.

Fue directamente a la barra y pidió:

—Un pernod.

No era muy corriente, pues a aquella hora se suponía que ya había cenado y, por tanto, no era momento de tomar aperitivos. Pero Roger ni siquiera pensaba en la cena.

Cuando le sirvieron la bebida, no perdió tiempo con medias palabras ni averiguaciones veladas. Fue directamente al asunto.

Mientras depositaba los dos francos de su consumición sobre el mostrador, preguntó:

—Ahora me gustaría saber dónde está un tipo alto como una torre, que ayer se entretuvo en golpear a un amigo mío.

El que estaba detrás del mostrador miró de pies a cabeza a Roger.

—Creo que me ha entendido perfectamente. Sé que es aquí... ¿Dónde está este matón de tres al cuarto?

Provocaba deliberadamente para obligar al otro a salir, pero el del bar se limitó a encogerse de hombros y replicar:

—Se equivoca usted de lugar. En Niza hay muchos bares.

—Estoy seguro de que es éste.

En el establecimiento había algunos marinos, con permiso, y algunos borrachos.

Decididamente, era un lugar de baja nota. Algunos de los marinos se fueron. Aquello más bien apestaba.

Fue entonces cuando una puerta al fondo del local destinado a las mesas, se abrió, emitiendo un gruñido, que indicaba la falta de engrase de los goznes.

Del interior asomó ligeramente un tipo con cara de simio. Medía unos dos metros de estatura.

«El mastodonte», pensó para sí Roger.

Dejó de beber y pidió:

—Otro pernod.

El del bar pareció servirle de mala gana, pero acercó el vaso a la botella que colgaba boca abajo, y apretó el tapón que racionaba la medida. Cuando la hubo servido, lo pasó, junto con un jarrito de agua, a Roger, que tomó el vaso y avanzó hacia aquella puerta.

Junto al mastodonte vio entonces a otro tipo; era pequeño, de aspecto desagradable, repugnante, tal vez por su nariz cortada y las

picaduras de viruelas de su faz.

Sí. Eran ellos. Los que Claude le había descrito.

Los hombres avanzaron por lo que parecía ser el almacén, de la casa, y Roger cruzó el umbral de aquella puerta, que luego cerró.

La habitación estaba únicamente iluminada por una bombilla que colgaba del techo.

Ante él, tenía a los dos tipos que formaban un raro contraste. Un hombre fornido, de dos metros de estatura o poco menos, y otro que apenas si alcanzaba el metro y medio.

Ambos miraban, un tanto sonrientes, a su visitante.

—¿Busca algo? —preguntó el más bajo.

—A dos mal nacidos que se parecen mucho a vosotros —fue la respuesta, carente de subterfugios.

Y ante el silencio de los dos individuos, Roger agregó:

—Sí... Seguro que sois vosotros los que golpeasteis a un amigo... Y yo quiero saber por orden de quién... ¡Y a fe que lo sabré!

Miró alrededor. Aparte de la puerta por la que había pasado, aquella especie de almacén, repleto de cajas con botellas vacías o llenas, envases de agua de seltz, cajas y otros cachivaches inservibles, tenía otra puerta al fondo, medio oculta, precisamente por cajones.

Luego, había una ventana con rejas, posiblemente daba a algún patio interior.

Por lo demás, la habitación olía a humedad, a moho.

—Se ha metido usted en un buen lío —dijo el pequeñajo—. No debía de provocarnos...

—Soy Roger Niveau, y quiero saber quién diablos os pagó para prohibir a cierto amigo que se acerque siquiera para hablarme.

El mastodonte parecía esperar la orden del más bajo, que no se hizo esperar.

Con un leve movimiento de cabeza, pareció indicar: «Atízale fuerte. No dejes que lleve la iniciativa».

Y el gigantón soltó la diestra, que hubiera aplastado cualquier nariz, de encontrarla en su camino, pero Roger, sin soltar el vaso, hizo un quiebro para esquivar el golpetazo que más bien parecía una coz.

Acto seguido, pasó al ataque, pero en una lucha desigual, por la diferente envergadura y peso de los contendientes, tenía que pelear,

más que con la fuerza, con la astucia.

Arrojó el contenido del vaso al rostro del gigante.

Instintivamente, su enemigo se llevó las manos a los ojos.

Fue la primera oportunidad de Roger, que no quiso desperdiciarla.

Soltó primero la diestra cerrada contra la boca del estómago del mastodonte.

Seguidamente, le castigó con la zurda.

El gigante perdió en aquel momento muchas de sus posibilidades, porque el joven aprovechó para golpearle el rostro con las dos manos juntas.

El otro cayó, dando un grotesco e inesperado salto hacia un lado.

Roger volvió a la carga.

—¡Habla ya, bola de mantequilla! Sólo tienes presencia, pero te faltan agallas.

El tipo se incorporó y cerró la guardia. Roger le mareaba con obligarle a que la abriera.

Fingió colocarse en descubierto, pero en realidad separó las manos para obligar a su antagonista a abrirse y a luchar menos encogido.

El rival de Roger soltó un tremendo directo con la zurda. Niveau pudo esquivar la contundencia del golpe, recibéndolo solo amortiguado, por su oportuno quiebro.

No se preocupó en absoluto de ponerse nuevamente en guardia. Atacó una vez más.

—¡Vamos, bola de grasa! ¡No esperes ponerme como intentasteis dejar a mi amigo!

El compañero gruñó algo ininteligible.

Y Roger se lanzó con la cabeza por delante, consiguiendo derribar al gigante, lo cual, y en principio, parecía cosa poco menos que imposible.

Pero el pequeñajo de mirada repelente había atenazado un cuchillo de larga hoja.

—Voy a atravesarte —dijo con una extraña vocecilla cascada.

Embistió a Roger con el cuchillo, y él logró esquivar en el último instante, mientras con su diestra de canto golpeaba la mano del hombre de baja estatura que, soltando un grito, dejaba caer el

cuchillo.

Recogió el arma Roger, e hizo un amago de agresión. El pequeñajo retrocedió.

Niveau pudo sujetarle uno de los brazos hacia la espalda y, con la mano libre, le acercó la hoja de acero a la garganta.

—Ahora me vas a decir quién os ha pagado...

El otro parecía haber enmudecido.

El gigantón avanzaba, amenazador, pero Roger previno:

—Cuidado. Un paso más, y degüello a tu amigo.

El mastodonte quiso probar suerte, pero Roger casi marcó con el cuchillo la temblorosa garganta del pequeñajo.

—¡Estoy esperando una respuesta! Si no llega, os mataré. ¡A los dos! ¡Os lo juro!

El enemigo de mayor envergadura frenó su marcha. Crispó los puños. Deseaba vengarse de los golpes recibidos, pero la amenaza de Roger era demasiado tajante.

—¡Vamos, medio hombre! ¡Habla! ¿Quién se oculta detrás de vosotros?

Apenas había lanzado la pregunta de forma tan incisiva, sonó el disparo.

El proyectil hizo cambiar por completo la expresión del hombre de los dos metros de altura. Se tambaleó.

Sonó otros disparo, amortiguado por el silenciador.

—¡Al suelo! —gritó Roger.

Otra bala se había alojado en el cuerpo del mastodonte.

El pequeñajo se había acurrucado en un rincón, resbalando hacia el suelo.

Roger descubrió que las balas procedían de la ventana. Sacó su propio revólver, y, oculto entre algunas cajas, fijó su puntería para amedrentar al atacante.

Disparó varias veces cuando el compañero del gigantón lanzó otro grito.

¡También había sido alcanzado!

Y por el patio, una sombra se deslizaba hacia una puerta que comunicaba con otro callejón.

Era un hombre con la cabeza rapada, que luego desaparecería por los callejones, mezclándose, poco después, con la gente que recorría aquellos lugares típicos de la ciudad.

El medio hombre estaba muerto, con los ojos desmesuradamente abiertos.

El gigantón todavía respiraba, y trataba de tomar aliento.

Roger se aproximó:

—Así es como os pagan. ¿Os dais cuenta? El que ha disparado lo ha hecho porque sabéis demasiado, y sólo muertos no os iréis de la lengua.

El gigante iba a decir algo, pero de su boca sólo salió una bocanada de sangre negruzca. Era señal de que las balas le habían reventado por dentro.

CAPÍTULO XV

La sirena del coche de la policía, seguida de la de la ambulancia sonaban muy cerca del bar donde se hallaba Roger, intentando establecer comunicación con su casa.

¡No contestaba nadie!

Él dejó a dos hombres, a Lutt Martin y a Claude, y, sin embargo, nadie respondía a la llamada.

Colgó el teléfono y pensó:

«Primero, el hombre del maletín. Ahora esos dos... Van eliminando a todos los que saben algo».

Pensó en Adriana y, como no sabía su número de teléfono, lo pidió a la central.

Cuando establecieron la comunicación, el timbre repiqueteó insistentemente, sin que ella contestara.

Roger consultó el reloj. Era temprano todavía para que Adriana hubiera salido.

Decidió ir a su casa.

Averiguar por qué no contestaba nadie.

Tomó el primer taxi.

—De prisa. Nouvelle Avenue.

—Está en la zona nueva, ¿verdad? —preguntó el conductor.

—¡Sí! ¡Dese prisa!

El taxi arrancó en dirección a la ciudad vieja, y tardó más tiempo del que Roger hubiera deseado.

La calle, débilmente iluminada, el silencio habitual, todo, en conjunto, parecía normal. Sin embargo, Roger presintió que era como la calma que precede a la tempestad.

Pagó el taxi, mientras observaba el descapotable de Adriana, detenido cerca de la entrada.

Ella estaba allí. ¡Y sin embargo, no contestaba al teléfono!

Se dirigió hacia la puerta y, al ir a sacar las llaves, recordó que

se las había dado a Lutt.

Ahogó una maldición, pero, de pronto, recordó algo. ¡Su coche! Tenía otro juego en la guantera.

Corrió hacia el automóvil de su propiedad, que estaba en la calle, y buscó afanosamente las llaves. Cuando las tuvo, salió, precipitadamente hacia la puerta.

Tenía la sensación de que cada segundo que transcurría era de vital importancia.

Segundos después, llamaba a la puerta del aparta miento 2 C.

La campanilla sonó insistentemente, pero nadie con testaba. Roger aporreó la puerta con la mano.

Al continuar sin obtener respuesta, subió hasta la planta inmediata. La suya.

El teléfono estaba sonando. Lo oyó, apenas había introducido la llave en la cerradura.

Entró con alguna cautela. Las luces del *hall* y del salón estaban encendidas, como si en la casa hubiera alguien. Sin embargo, a excepción del timbre del teléfono, todo era silencio.

Avanzó y, con los sentidos en tensión, miró hacia todos lados, cuando tomó el auricular.

—Diga... ¿Quién es?

La voz angustiada del otro lado, repuso:

—¡Oh! ¿Eres tú, Roger?

—Sí, yo mismo. Tú eres Colette.

—Sí. He intentado localizarte. Necesitaba decirte algo importante. Creo que debes saberlo.

—Pareces asustada.

—Y lo estoy... No es que sea miedosa, pero, de repente, he pensado que...

Se interrumpió:

—Habla, Colette. ¿Qué es lo que tienes?

—Ven, Roger. Por favor.

—¿Dónde estás?

—En mi apartamento.

—Salgo inmediatamente para allá.

Colgó y salió a la terraza. Pensaba también en su vecina. ¿Por qué no contestaba al teléfono?

Sin vacilar, pasó las piernas por encima la barandilla, y se

descolgó por la terraza. Calculó la distancia, y se dejó caer, haciendo flexión con las piernas, para quedar sobre la terraza inmediata inferior.

La cristalera estaba entornada y, dentro, todo permanecía a oscuras.

Avanzó, procurando no hacer ruido. Tenía el presentimiento de que alguien podía estar acechándole.

Hasta su olfato llegó el reciente aroma del humo de tabaco inglés.

Humo algo pasado, señal inequívoca de que, poco antes, habían estado fumando. ¿Quién? ¿La propietaria del apartamento?

Como el salón era igual que el suyo, conocía perfectamente dónde se hallaba el emplazamiento del conmutador de la luz.

Cuando, tanteando la pared, llegó hasta él «vio», con la imaginación, la escena.

Ella. —Adriana Moreau— estaba tendida en el suelo.

La luz iluminó la estancia y efectivamente: ¡ella estaba allí!

Tenía los ojos abiertos, muy abiertos, pero permanecía inmóvil.

Una ligera ojeada le bastó para comprender que la habían estrangulado.

Pisó a fondo el acelerador. Ahora Roger temía por Colette. También ella podía ser la próxima víctima.

Y mientras cruzaba, tan aprisa como el tránsito le permitía, las calles de Niza, en dirección al apartamento de Colette, pensaba en los últimos acontecimientos. Todo se estaba precipitando.

El cerco se estrechaba.

Era como hallarse en medio de un círculo, que cada vez se hace más pequeño, más pequeño...

Alguien se movía por la azotea de la casa de Colette.

Una sombra furtiva se deslizaba ágilmente hacia la puerta que, desde la azotea, conducía a la escalera.

La sombra, con la espalda pegada a la pared, aguardó, escuchando unos instantes.

Cuando estuvo segura de que nadie rondaba por la escalera, traspuso la puerta del terrado, y comenzó a bajar.

Caminaba paso a paso, con lentitud.

Los ojos de la sombra taladraban la oscuridad, mientras descendía desde la tercera planta hacia la primera. ¡Allí estaba el

apartamento de Colette!

¿Sería ella la próxima víctima?

Con el presentimiento de que cada segundo que pasaba podía ser fatal, Roger detuvo el coche a pocos metros del portal del edificio en cuya primera planta vivía Colette.

Cerró el coche de un portazo y se precipitó hacia la escalera, cuyos peldaños subió de tres en tres.

Jadeante, llegó ante la puerta y la aporreó.

Silencio.

—¡Colette! —gritó desde fuera, y volvió a llamar.

¡Demasiado tarde! Eso fue lo que pensó.

De repente, la puerta se abrió.

Colette estaba allí, pálida, angustiada.

—¡Oh! Gracias a Dios que has venido.

No podía más. Necesitaba algo en qué apoyarse. El cuerpo de Roger, a cuyo pecho se abrazó, repitiendo:

—Gracias a Dios...

—¿Estás segura? —preguntó él, mirando hacia la calle, desde la ventana.

Colette estaba sentada al fondo, y replicó:

—No es que quiera acusarle... Pero de pronto he recordado...

Roger sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Claude —murmuró—. Claude... tan aficionado a conseguir dinero, de la forma que sea... Sin embargo, hay algo que no concuerda... Esta mañana, cuando me ha contado el motivo por el que huía, y luego, cierto episodio que ocurrió contigo...

—¿Te lo ha contado?

—Sí.

—No pasó nada, ¿sabes...? Y no quiero que pienses que ahora le acusó por venganza.

—¿Le querías, Colette?

—¿Quéee? —inquirió ella, sorprendida.

—Digo si... ese galanteo dejó alguna huella en ti.

—No. De veras que no.

—Estabas en tu derecho. A veces, una persona se toma en serio a otra. Luego, el desengaño es peor.

—No, Roger. Claude nunca significó nada para mí.

—¿Y estás segura de que se vio envuelto en un asunto tan turbio como el caso de «Prince Morriscot»?

—Puedes buscarlo en los periódicos —repuso ella.

«El caso Prince Morriscot» había sido, algunos años antes, tan escandaloso como envuelto en el más profundo misterio. Era también un caso de espionaje, y si Claude, siempre según Colette, estaba mezclado en él, tal vez ahora...

—Sólo hay un medio para que el culpable se descubra. Ponerle un buen cebo.

—Deja esto, Roger. Temo por ti.

—Voy a ponerle ese cebo... La carta.

—¿Qué carta?

—La que recibí esta mañana de mi tío. Es lo que quieren. Ahora saben que la tengo... No me cabe ninguna duda de que fue Adriana quien, quizá de un modo inconsciente, lo dijo al asesino. Sólo ella sabía que yo había recibido esa carta... Y tuvo que decírselo a alguien. Sí... ¡Tengo que localizar a Lutt! Tiene que saber esto —y sacó la carta de su bolsillo.

—¿Es la carta que dices? —preguntó ella.

—Sí. ¡Vamos!

—¿Dónde?

—Te sacaré de aquí. Iremos a un hotel. Estarás más segura si el asesino no sabe dónde te encuentras.

—¿Y luego?

—Volveré a mi apartamento y esperaré. Esto se acaba. El asesino tiene prisa. Necesita terminar cuanto antes. Vamos.

—Voy a cerrar la televisión —dijo ella.

Hasta entonces había estado funcionando, pero ninguno de los dos la escuchaba.

Cuando la muchacha fue a cerrarlo, estaban dando información del tiempo.

—... Y en la Costa Azul, tras el día tormentoso, todo ha vuelto a la normalidad, reanudándose... —Cerró Colette, y Roger ya la esperaba en la puerta.

Poco después, en su coche, Roger se alejaba de allí, dando algunas vueltas por la ciudad.

Pero antes de que el coche arrancara, una sombra surgió del portal. Alguien había estado oculto en la escalera. Era el hombre

que se deslizó desde la azotea. ¡El hombre de la cabeza rapada!

Y el hombre se metió en su «dos caballos» y comenzó a seguir a la pareja.

—Creo que nos siguen —murmuró Colette, al lado de Roger.
El asintió.

—Es ese «dos caballos». Ya me he dado cuenta. Cambiaremos de planes. No te preocupes. No te dejaré sola.

Soltó una mano del volante, y se palpó el bolsillo trasero del pantalón. Seguía con el mismo atuendo de por la mañana, pantalón deportivo, camisa y pañuelo en el cuello.

Se sintió mucho mejor, al notar el duro contacto de su automática.

Poco después, llegaban a un hotel de las afueras.

—Una habitación doble —pidió Roger.

—¿Cama grande o dos camas?

—Una sola cama basta. Es para mi hermana —mintió Roger.

Después, desde el «dos caballos», el hombre de la cabeza rapada vio cómo se encendía una luz en uno de los balcones de la segunda planta. Sonrió y continuó aguardando.

Cinco minutos más tarde, Roger salió del hotel. Subió al coche y dio la vuelta, como si se alejara por uno de los senderos que se dirigían hacia el interior. Lo que hizo en realidad, fue detener el coche. Colette le esperaba en la puerta de atrás.

—¿No nos ha visto? —inquirió ella, yendo hacia el auto.

—No, sigue allí. Seguramente piensa que me he ido solo. —Seguidamente, puso el coche en marcha.

El final estaba cerca.

CAPÍTULO XVI

Eran las diez de la noche cuando en el bar pequeño e íntimo, *Madame* Tuula hacia su número de streap-tease.

Uno de los clientes, amparado en aquella suave penumbra, dejó de mirar el espectáculo para dirigirse hacia el pequeño mostrador.

Sacó varias monedas del bolsillo, y se aproximó al teléfono.

Marcó un número.

—Te he llamado antes, y no estabas —dijo, cuando el hombre de la cabeza rapada le contestó, desde el otro lado del hilo—. ¿Qué hay de la chica?

—Colette ha cambiado de domicilio. «Nuestro hombre» la ha llevado a un hotel de las afueras. Está allí Sola. Él se ha ido.

—¿Cuánto hace de eso?

—Eran más o menos las nueve y media.

—Ahora son las diez —repuso el del bar, consultando su reloj de pulsera.

—¿Qué hago?

—Ya nos ocuparemos de Colette más tarde; ahora, me interesa el otro...

—Oye... ¿Tengo que hacerlo yo?

—Dentro de media hora, poco más o menos. Donde tú ya sabes. Nouvelle Avenue.

—Escucha, no quisiera que al final de todo esto, me pagaras como a los demás.

—No digas estupideces.

—Lester trabajó bien, y ya no existe; luego, estaban los del café Magaly. Los contraté yo, y han muerto y...

—A ti no te ocurrirá eso. Tú no cometes imprudencias, como los otros.

—¿Y qué hay de Adriana? ¿Qué imprudencia cometió?

—Hablar demasiado con Roger Niveau. Tú no hablas, actúas.

Puedes vivir tranquilo.

—Si intentarás jugármela...

—No vamos a estar charlando toda la noche —cortó la voz del bar.

—Bien. ¿Qué tengo que hacer?

—Dentro de media hora, sí —dijo con voz queda—. Quiero un trabajo perfecto, sin pistas.

—No tendrás queja de mí. Como siempre. Ya conoces mi modo de trabajar. Esa persona que tú dices, mañana aparecerá en los periódicos. Su nombre, claro, porque habrá muerto, como los otros.

Éste había sido el principio...

El principio del fin.

A las diez y treinta y cinco minutos, Lutt Martin caía, víctima de la bala del hombre de la cabeza rapada.

Pero entre esa llamada telefónica y la hora del crimen, Roger avisó al detective Valjean, de la brigada criminal. Era el hombre que se ocupó del caso, desde el momento de cometerse el asesinato del profesor Jean Niveau.

—Vaya a mi domicilio, pero procure ocultarse. Temo que esta noche suceda algo. Será el momento de dar con el criminal, tal vez a punto de cometer otro crimen.

—¿Y quién será la víctima esta vez, Niveau? Hace una hora, dos hombres murieron en un café de la parte vieja. ¿Sabe algo de eso?

—Espero poderle informar más tarde, de todo.

—No juegue a los detectives, Niveau. Éste no es uno de sus guiones para la televisión.

—Le aseguro que no juego, Valjean. Haga lo que le digo.

—¡Un momento! ¿Conoce usted a un tal Claude, verdad? Claude Deladier.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Ha muerto.

—¡No!

—Hace media hora, recibimos el comunicado. Ha sido encontrado en el puerto, en circunstancias poco claras. Pretenden que creamos que el viento hizo caer el mástil de una embarcación.

—¡Le han asesinado!

—Eso pienso.

—No puedo entretenerme más, Valjean. Recuerde lo que le he

dicho.

Roger colgó y regresó al coche con Colette.
Entonces, puso rumbo a la calle donde vivía.

En el apartamento, el asesinato de Lutt Martin estaba a punto de consumarse.

El balazo recibido lo había herido de muerte, pero el corazón del herido latía todavía.

De toda la gente que más o menos había tenido relación directa con el asunto, sólo quedaban con vida Roger y Colette.

Dos camilleros metían el cuerpo de la última víctima en la ambulancia.

En la calle, había otros coches de la policía, y varios agentes uniformados.

El detective de la policía no había ido solo. Distribuyó bien a sus hombres, que aparecieron en cuanto les llamó.

—Den una batida. El asesino puede estar en cualquier parte.

El hombre de la cabeza rapada, sin embargo, había conseguido huir en el coche, pero apenas quiso doblar la esquina, unos potentes focos le deslumbraron.

Intentó efectuar un viraje, pero el coche que tenía enfrente se le atravesó en el camino.

Para evitar el encontronazo, se metió en la acera. Era demasiado estrecha. Echó el pie al freno, pero ya era tarde. Chocó contra la pared.

Con la pistola automática en la mano, Roger salió del coche.

El asesino trató de huir, pero el golpe lo había aturdido, y perdió segundos demasiado preciosos.

—¡Levanta las manos, amigo! —ordenó Roger.

Lutt Martin acababa de morir en el hospital. Eran las doce de la noche.

El detective Valjean estaba en su oficina, y dio una orden a los hombres que estaban interrogando al de la cabeza rapada. Luego, pasó al despacho contiguo. Allí esperaban Roger y Colette.

Valjean dejó sobre la mesa un pequeño artefacto. Era un encendedor de aspecto corriente. A gas.

—Con ese artefacto mataron a su tío.

—La pistola de cianuro —musitó Roger.

—Sí. Y supongo que sabe usted a quién se la hemos encontrado.

Roger asintió:

—A Lutt Martin.

—¿Qué? —inquirió, extrañada, Colette, que estaba segura de que quién andaba metido en aquello era Claude, porque ignoraba lo de su muerte, toda vez que Roger, tras la llamada al detective, no le había informado para no asustarla más de lo que ya estaba.

—Sí, Colette. Era él.

—¿Cómo lo supo? —preguntó el detective.

—Hay cosas que llegan a nuestros oídos, sin darnos cuenta. Las oímos, sin escucharlas... Durante la tormenta que empezó esta mañana, yo hablaba con Claude, en un parador. Se llenó de gente enseguida, que huían de la lluvia. Comentaban el parte meteorológico, y alguien creo que dijo algo referente a la posibilidad de que cerraran el aeropuerto a causa de la niebla. Me quedó grabado en algún lado, pero, de momento, aquello no tenía objeto, ni servía de pista. Fue luego, cuando Lutt dijo que había regresado de París... Poco después, yo estuve en el aeropuerto con Adriana Moreau. No había tránsito aéreo. Al menos, esa impresión tuve. Me cercioré más tarde, llamando al aeropuerto. No había llegado ni despegado avión alguno, desde la mañana, por lo tanto, Lutt Martin no había podido ir a París... Deduje que había estado oculto en Niza, en alguna parte... Me imaginé una serie de cosas... por ejemplo que lo que él esperaba encontrar era cierta carta que guardo yo en el bolsillo, y pensaba hallarla en el maletín que cambiaron a mi tío, y al no hacerlo, fingió regresar cuando su plan era el de largarse, y seguramente darme cualquier excusa. Pero se vio obligado a «regresar»... Supongo que Adriana Moreau fue la que le informó de que yo había recibido la carta... No creo que todo esto lo haya hecho en nombre de la CIA.

—Nosotros también tenemos nuestros sistemas informativos, Niveau —repuso el policía—. Y hemos sabido bastantes cosas, en veinticuatro horas... Por ejemplo, que ese Lutt Martin parecía sospechoso de ser un agente doble.

—Es lo que imaginé.

—Bueno. Tenemos la confesión de Stanislass.

—¿Quién es?

—El brazo ejecutor de la mayoría de los crímenes... Alguien le

vio disparar cuando mató a aquellos dos sujetos en el bar. Con un testigo de cargo, no ha tenido más remedio que soltar la lengua.

—¿Y qué ha dicho?

—Que, en efecto, los que han ido muriendo eran cómplices, incluida Adriana Moreau.

—¿Y Claude?

—Claude era un estorbo. Cuando usted les dejó a los dos en la casa, Lutt salió primero, y poco después lo hizo Claude. Lutt tenía dos trabajos que llevar a cabo, terminar con Adriana Moreau y con el hombre encontrado muerto en la *toilette* de cierto bar.

—¡El del maletín!

—Tendrá que decirme usted algunas cosas, Niveau. Es la segunda vez que nombra el maletín. Ha estado jugando a los detectives, y ahora tengo que rogarle que complete todo lo que sepa para mi informe.

—Sí, desde luego, pero... Si lo que le importaba a Lutt era lo que pueda haber dentro de ese sobre... ¿Por qué mató a mi tío?

—Eso no puedo decírselo, porque lo ignoro —repuso el policía.

EPÍLOGO

Todo estaba completo.

Y no solamente los hoteles llenos de turistas, y las doradas playas de la costa rebosante de bañistas, en aquella primera semana de julio.

Estaba completo el informe.

Nelson, en el apartamento de Roger, hizo un sucinto resumen.

Nelson era un hombre de la CIA. No era un científico.

—Pedimos a su tío que recogiera ciertos informes, que se le entregarían en un momento determinado de su viaje.

—¿Los de ese sobre?

Nelson lo tenía en el bolsillo, y asintió.

—Sí.

—¿Armas secretas?

—Nada de eso. Nuestras sospechas de que Martin era agente doble venían de tiempo. Por eso destacamos a un hombre al otro lado del Telón para que investigara. El hombre no podía comunicarse con nosotros, y necesitábamos una persona de aspecto pacífico como su tío para que nos hiciera llegar ese informe. Que ha resultado positivo. Al menos, las pruebas que nuestro agente nos remite son evidentes. Martin era un agente doble.

—Entonces, en el sobre...

—Sólo se habla de Lutt Martin. El debió enterarse de algún modo, y trató de conseguirlo, pero no le bastaba el informe. Pensó que su tío, el profesor, podía saber algo también, y por eso le mató. Eso es todo.

—Mi pobre tío, pagando las consecuencias de los manejos de un canalla.

—Sí, amigo. A menudo pagan justos por pecadores, y no hay misión en que no aparezcan víctimas inocentes. Así es la vida. Este mundo en que nos ha tocado vivir. Bien. Ya hemos arreglado esto

con las autoridades francesas. Todo quedará en el máximo secreto. Confío en su discreción.

—Sí, desde luego —repuso amargamente Roger.

Nelson salió de la casa.

Poco después, lo hizo Roger, que fue a buscar directamente a Colette, en su apartamento.

—¿Estás preparada?

—Sí.

—Pues vámonos.

Fueron directamente al aeropuerto para tomar el avión de París.

—Es bonita la costa, ahora...

—Si quieres quedarte...

—¡Oh, no! París también es hermoso.

—Tengo que arreglar unos asuntos. Será cosa de dos semanas. Luego, si quieres, podremos volver... Porque... pienso que no existe ninguna razón para que nos separemos.

Ella sonrió.

—No, Roger. No hay ninguna razón.

El avión corría ya por la pista. Abajo, en el aparcamiento, había un coche deportivo, rojo, llamativo. Ella lo observó un momento.

Roger siguió la mirada de la muchacha.

—Lo que son las cosas... El hombre de la maleta murió, por haber cometido un error imprevisto... Utilizar el coche de mi vecina.

—¿Crees que ignoraban que trabajaban para la misma persona?

—Claro. En un buen sistema. Se emplea en espionaje. Así nadie puede delatar a nadie. Sólo les conoce el que dirige la operación.

—Esa Adriana... Era muy guapa, ¿verdad?

—Sí... Pero ya has visto de lo que le ha servido.

—Dices que descubriste su cuerpo antes de acudir, cuando te llamé.

—Sí.

—¿Por qué no informaste a la policía?

—No quería que aquello se llenara de gente. Sabía que querían la carta y, si no me separaba de ella, tendrían que acercarse para quitármela...

—Fero... Lutt había planeado que aquel hombre te matara.

—¿El de la cabeza rapada, Stanislass?

—¿No fue esto lo que confesó?

—¡Oh, no! —sonrió Roger, negando—. Stanislass recibió la orden de matarme a mí, pero él sabía perfectamente que contra quien disparaba era contra Lutt.

—¿A su propio jefe?

—Temía terminar como los otros, y pensó que, matándole a él, quedaría a salvo. Eso fue lo que declaró, al menos. Así que no hubo error. Lutt fue tranquilamente, tal vez pensando que «el trabajo» ya estaba hecho, pero, en cualquier caso, se sentía seguro. Sólo tenía que coger el sobre y largarse.

—¿Cómo sabía que lo llevabas encima?

—El de la cabeza rapada me seguía. Me vio entrar en el Banco y, seguramente observó que no lo había depositado. Supongo que primero debieron buscar por la casa hasta que llegaron a la conclusión de que lo llevaba yo.

—¡Oh! Por eso me dijiste a mí que, si veía a Lutt, le hablara del sobre, diciéndole que lo llevabas tú.

—Exacto. Era el principio de la trampa, pero preferí ponerte a salvo. Tú también estabas en la lista de las víctimas.

—Me da escalofríos pensarlo.

El avión había remontado el vuelo.

Niza y sus playas doradas quedaban allá abajo, cobijando un mundo abigarrado, alegre, pero entre el bullicio y la alegría aparente, a veces, también se ocultaba el crimen.

Y en el caso presente, una cadena de crímenes, que quedarían en el más estricto secreto.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

y

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCION"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

